

C**E****N****C****I****A**
F**I****C****C****I****Ó****N**

robert
keating

LA AMENAZA



R. CORTIELLA

LA AMENAZA

ROBERT KEATING

LA AMENAZA

Ediciones T O R A Y

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

©, Robert Keating – 1969

Depósito Legal: B. 26.798 – 1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

1. EL MIEDO

Una gran sombra — una gigantesca esta semejante a las producidas por las explosiones nucleares — se cernía sobre gran parte de la costa, con un vórtice aparente sobre el pequeño pueblo de Altex.

El temor y la angustia se habían apoderado de la escasa población, transmitiéndose rápidamente a todo el país.

Las estaciones meteorológicas evidenciaron su estupor, divulgando la noticia por todos los medios hábiles, ante la presencia desconocida de unos gases oscuros en forma de nube que se acumulaban con extraña fijeza sobre una amplia zona en el norte del litoral.

Muchas personas, inquietas y angustiadas, habían abandonado sus hogares, emigrando a otras poblaciones próximas.

—¡Eh, Samuel! ¿Has escuchado la radio?

—Sí...

—Ni ellos mismos saben qué está sucediendo. ¡Esta maldita oscuridad! ¿Qué podrá ser?

—No tengo la menor idea, Longs.

—¿Qué pensáis tú y Ruth? ¿Os iréis de Altex?

—Nada nos moverá de aquí —respondió Samuel, seguro de sus palabras—. Cuanto mi mujer y yo poseemos: nuestra casa y nuestras tierras están en este pueblo. Somos como árboles, con las raíces bien firmes.

—Pero si dicen que se trata de un peligro desconocido que nos barrerá a todos...

—Haz poco caso de lo que se dice, Longs. La gente inventa aprisa y se espanta con mayor rapidez. Admito que todo esto es muy extraño..., pero ha de existir una explicación. Dejemos que los entendidos lo resuelvan.

—Sí. Pero, mientras tanto, mi mujer y yo nos iremos a casa de nuestros primos, en la ciudad — confesó Longs.

Samuel Belloc se encogió de hombros. ¿A qué esperaban, pues, para largarse, si tanto miedo tenían?

Se alejó de su amigo, cruzó ante la vieja iglesia anglicana y entró en su casa.

Allí se encontró con su esposa Ruth, pegada materialmente al aparato de radio, escuchando las constantes noticias que hacían mención al extraño fenómeno de la costa.

Se aconsejaba a la asustada población que conservase la Calma. Y los expertos aventuraban incongruentes deducciones que no explicaban la ilógica presencia de tales gases, si bien un estudio preliminar de los mismos parecía hacer que renaciera la tranquilidad: no eran gases nocivos.

La radio seguía informando:

«Se supone que todo es consecuencia de un fenómeno atmosférico que parece haber burlado los distintos sistemas de control del país, si bien se espera que dichos gases se disipen por sí mismos sin la menor amenaza para la vida humana.»

—¿Qué te parece? —le consultó Ruth, nerviosa.

—Calla.

Ahora era Samuel quien estaba atento a las noticias.

«No obstante, por lo extraño de los mismos —seguía la información—, nuestro gobierno, profundamente preocupado ante semejante fenómeno, se ha apresurado en enviar a la costa a nuestros mejores hombres de ciencia, con el propósito de estudiar de cerca dicho fenómeno y extraer toda serie de conclusiones que permitan identificar su origen o naturaleza. Entretanto, señoras y señores, no dejen ustedes de sintonizar con nuestra emisora, desde donde les seguiremos transmitiendo noticias de última hora, y...»

Ruth desconectó el aparato y luego se volvió hacia su marido. Parecía preocupada, ciertamente.

Era una mujer de unos cuarenta años, rolliza y afable. Sin embargo, aquella palidez transformaba su rostro y la hacía vulnerable al mismo miedo que invadía a la mayoría de los lugareños.

Casi en tono de reproche, dijo:

—Esta misma mañana, en el mercado, se hablaban muchas cosas raras. La gente está asustada... y son muchos los que se van.

—Sí. Pero son más los que se quedan —respondió Samuel, sentándose junto a la mesa y tratando de restar importancia al miedo de su mujer—. Saben que lo tienen todo aquí, como nosotros. Y, si de verdad fuera éste un peligro como el que muchos se imaginan, de

poco valdría alejarse unas cuantas millas.

—Pero esos gases...

—Ya oíste la información de la radio: no son nocivos.

—También oí hablar a otras personas de este pueblo. Son varias las que dicen que han visto moverse en esa nube de gases oscuros un cuerpo extrañamente reluciente...

—¡Por favor! No creas en esas cosas, mujer. La gente abre mucho los ojos y cuanto más intentan ver menos ven. De un simple hilo son capaces de hacer todo un telar. Les gusta autoasustarse.

—Tal vez...

—Tal vez, no; ¡seguro! El miedo les hace ver visiones. Platillos volantes, naves espaciales extraterrestres, «ovnis»..., ¿cuántas más tonterías? A un hombre miedoso o supersticioso lo asustas con cualquier insignificancia y es capaz de decir que vio a Judas luchando con una cobra. No pienses en lo que digan. Ya verás como a la postre todo se vuelve agua de borrajas.

—¡Ojalá sea así!

—Anda, ponme de comer. Tengo hambre.

—A mí se me ha quitado el apetito.

—Será porque también tú andas metida en las calzas del miedo.

—No lo niego. Pero... ¿es posible que no sientas la menor preocupación de lo que está sucediendo?

—Pues claro que estoy preocupado, mujer. Pero no hasta el punto de querer salir corriendo. ¡Hala!, déjate de temores y vamos a comer...

* * *

Efectivamente, la noticia de que varias personas habían visto moverse en la gran seta de gases oscuros un cuerpo extrañamente reluciente, como si estuviera compuesto de un elemento ígneo y casi transparente, trascendió más de lo debido, aumentando el miedo que apoderaba ya las mentes del país.

Uno de los diarios de más tirada, el «The World, Times», explicaba en su edición de la mañana siguiente: «Hasta aquí, los hechos se limitan especialmente al miedo extendido dentro y fuera de nuestras fronteras, a nuestros continuos mensajes, a las distintas encuestas promovidas por los científicos y a la opinión de los expertos, que se

muestran escépticos respecto a la creciente opinión de una amenaza extraterrestre».

Un portavoz del país afirmaba: «En estas últimas horas han ido surgiendo los consabidos tópicos de «objetos volantes no identificados», cuerpos luminosos y acelerados vertiginosamente, «platillos volantes», etcétera, imposibles y absurdos, nacidos de la fantasía popular, del miedo de las gentes y del afán de sensacionalismo de algunos periodistas y escritores, por lo que se advierte la necesidad de que las personas hagan uso de su sentido común contra toda invención perjudicial, a fin de mantener el orden y llegar al fondo de un problema que, si bien evidencia ciertas peculiaridades extrañas en la aparición de tales gases, no demuestra aceptar posibilidades absurdas de amenaza extraterrestre, en todo lo que la fantasía ha dado de sí».

Los ánimos se habían calmado, o al menos así parecía. Y los científicos se propusieron llegar con toda rapidez a una explicación lógica del asunto, empleando para ello toda su experiencia y conocimiento y también todos los medios puestos a su alcance.

Al aeropuerto de la ciudad habían ido llegando los aviones de los distintos estados del país. Muchedumbres expectantes, con el temor y la preocupación reflejados en sus rostros, no exentos tampoco de curiosidad, recibían esperanzados a dichos científicos.

Los periodistas e informadores les atosigaban a preguntas. Y los científicos, ante la imposibilidad de sacudirse aquella nube de noticieros ni aun con la ayuda de la policía, se limitaban a responder vaguedades y a prometer toda su colaboración en el extraño caso: demostraban desconocer ellos mismos la magnitud del fenómeno.

* * *

Era el sexto día que sucedía a la aparición de aquella gigantesca seta sobre el litoral.

Todos los científicos se habían reunido en uno de los centros de control y experimentación más importantes de la ciudad.

Habían establecido un cambio de impresiones entre sí, después de visitar el lugar más afectado por los gases, delimitado el objeto y área de sus investigaciones.

Pero sucedió algo inesperado y tranquilizador...

Cuando empezaban a nacer los primeros análisis importantes y se

tendía a las primeras conjeturas, se recibió la nunca tan grata noticia de que la gran seta de gases se había diluido con la misma rapidez que apareciera.

Los científicos volvieron a trasladarse a la costa de inmediato, comprobando no sin cierto asombro la normalidad de la atmósfera.

Empezaron a renacer la calma y el optimismo.

Después de cotejar clisés y fotografías, análisis de tierra y ambiente y de pulsar infinidad de opiniones, la normalidad y el sano juicio derivaron en explicaciones de carácter puramente científico que expresaban una conclusión natural y comprensible para el entendimiento de todo el mundo: «no existía nada amenazador».

Una vez restablecida la calma, los científicos regresaron a sus lugares de origen y todo pareció quedar en perfecto orden. La normalidad se impuso a todo criterio tendencioso o negativo... y los que creyeron ver llegado poco menos que el fin del mundo respiraron ciertamente tranquilizados.

La radio, televisión y prensa, después de comentar amplia y repetidamente la falsa alarma, dieron incluso en ironizar el miedo, de modo que hasta los que parecían más aterrorizados empezaron a burlarse de los que habían abandonado sus hogares con el rabo entre las piernas y también de los que habían afirmado haber visto un extraño cuerpo luminoso flotando entre la nube de gases.

—Ya te lo dije, Ruth. No puede hacerse caso de todo lo que dice la gente. Siempre gustan de aumentar las cosas, de desfigurarlas, y luego resulta casi siempre que ellos hablaban por boca de otros.

—Bueno. Lo importante es que hayamos podido volver a vivir tranquilos. Lo demás no importa. Yo, lo confieso, he pasado unos días atroces...

—No necesitas jurarlo. Incluso ahora, que ya pasó todo, continúas más pálida que la cera.

Samuel sonrió.

Era un hombre fuerte, de rostro amazotado, con unos hombros atléticos, fornido y de buena intención, aunque bastante simple de entendimiento y tardo en ideas.

Si había reaccionado bien contra aquella amenaza aparente, no era porque hubiera sabido explicarse a sí mismo razones de confianza, sino simplemente porque era un hombre que jamás había conocido el miedo.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Adonde vas? —le preguntó Ruth.

—A dar una vuelta por nuestras tierras. Quiero estar seguro de que esos malditos gases no mataron ni contaminaron ninguna planta.

—Está bien. Pero no te alejes demasiado.

—¿Qué te pasa? —escudriñó Samuel en los ojos de su mujer—. ¿Acaso todavía no se te ha quitado el miedo?

—El miedo, sí. Pero presiento que toda esta calma..., no sé..., es como si algo hubiera oculto.

—¿A qué diablos te refieres?

—Te digo que no lo sé, Sam. Pero no puedo dejar de estar inquieta. Procura regresar pronto.

—¡Está bien! —se encogió él de hombros, indiferente—. ¡Mujeres!...

Y se fue de la casa mascullando un sinfín de cosas contra el sexo opuesto...

2. UN CUERPO EXTRAÑO

La propiedad de Samuel Belloc no era tan dilatada que pudiera considerarse un potentado; pero sí alcanzaba la suficiente extensión como para sentirse un hombre afortunado y sin mayores problemas.

Lo único que echaban de menos él y su mujer era aquella falta de hijos. Dios no había sido demasiado bondadoso con ellos en eso; pero se habían resignado y, a su modo, ambos le sacaban provecho a la vida.

Las tierras, todas ellas sembradas de selectas hortalizas que tenían alta cotización en el mercado de la ciudad, estaban situadas al norte del pueblo, lindando con el pequeño cementerio.

Una vez en ellas, Samuel paseó su mirada sobre todas aquellas plantas. Durante todo el año, aquellos cuadros de verduras se iban renovando gracias a su esfuerzo y al de su esposa Ruth, y gracias también a una tierra generosa que no defraudaba sus esfuerzos.

Samuel se sintió satisfecho con aquella primera ojeada. Las plantas no parecían haber sufrido mal alguno, ni siquiera habían perdido su color y frescura.

Se agachó y tomó un espárrago. Lo miró detenidamente. Lo limpió de tierra con los dedos, lo llevó finalmente a la boca y masticó despacio, paladeando el jugo del mismo. Luego escupió la pulpa.

Hizo exactamente igual con otras plantas, hasta convencerse de que el producto estaba salvado.

Respiró aliviado y volvió a extender su mirada sobre todos aquellos cuadros de verduras.

De haber resultado nocivos los gases que habían oscurecido la atmósfera durante aquellos días; sus bolsillos se habrían resentido sensiblemente. Había allí mucho dinero en espera de saltar al mercado.

Ya se disponía a volver a su casa, cuando escuchó un extraño zumbido que le obligó a detenerse.

Fueron apenas unos segundos. Pero aquel extraño sonido preocupó a Samuel...

No se imaginaba lo que estaba sucediendo a escasa distancia de donde él se hallaba. De haberlo sabido, habría huido como alma que lleva el diablo y jamás habría vuelto a poner los pies en aquel lugar.

Terminó encogiéndose de hombros y regresando a la casa.

Ruth terminaba de poner la mesa. Samuel se sentó y ambos comieron en silencio, ella mirándole a hurtadillas como si tratara de adivinar algún objeto de preocupación.

Terminó preguntando:

—¿Qué te ocurre, Sam? Te encuentro extraño... y un poco pálido.

—No me pasa nada.

—Te encuentro incluso cambiado.

—Cambiado... ¿en qué? —la miró él inquieto, casi molesto.

Ruth se encogió ligeramente de hombros, respondiendo:

—En tu forma de comportarte. Pareces preocupado.

—No estoy de humor; eso es todo.

—Pero hace un rato, cuando saliste para ir al huerto, parecías optimista. ¿Acaso las hortalizas...? — se mostró Ruth súbitamente preocupada.

Él la interrumpió:

—No, olvídalos. Las hortalizas están bien, se han salvado. Y yo me encuentro perfectamente.

—No lo parece...

—¡Ah! Las mujeres siempre tenéis que, buscar algún hilo por el que tirar, no podéis dejar de estar preocupadas. Come y no sigas imaginando cosas; ¡no hay nada de nada!

Ruth no respondió. Le bastó con volver a encogerse de hombros, si bien sus ojos apuntaban las mismas dudas.

Samuel se dijo que era natural. Aquel extraño zumbido intermitente que había escuchado en el huerto le tenía profundamente ensimismado, y también preocupado.

Pero no deseaba comunicárselo a su mujer. Ruth se hubiera hecho un mar de dudas y preguntas... y probablemente en unas horas todo el pueblo estaría enterado de que algo extraño y misterioso estaba sucediendo junto a las coles de los Belloc.

Era mejor no decirle nada.

Además, aunque deseara decirle algo, ¿qué diablos podría explicar con seguridad?

¡Nada!

Solamente que había escuchado aquel extraño zumbido. Y seguramente terminarían todos burlándose de él en el pueblo, achacándole mil cosas a su miedo absurdo.

Samuel trató de olvidarse de aquel misterioso incidente...

* * *

Era tarde avanzada, Ya empezaba a oscurecer...

Samuel volvía a encontrarse en el huerto, más pendiente del ambiente y del silencio que le rodeaba que de sus plantas.

No había podido sustraerse al deseo de averiguar si aquel sonido había sido imaginario, producto de sus nervios..., o de algo que realmente ignoraba.

Estuvo allí largo rato, caminando entre los cuadros de verduras.

Hasta que al final, convencido de que nada extraño sucedía, diciéndose así mismo que todo había sido producto de su imaginación, se dispuso a regresar.

De nuevo volvía a sentirse tranquilo.

Pero no había caminado más allá de la mitad del huerto, cuando súbitamente el aire se volvió a llenar con aquel extraño zumbido que oyerá al mediodía.

Algo le estremeció.

Samuel no era hombre impresionable ni miedoso. Pero había pasado mucho rato pendiente de aquella extraña vibración... y ahora, al repetirse, sentía como si las piernas le flaqueasen.

Se volvió hacia el pequeño cementerio, de donde parecía surgir dicha vibración...

El recinto del mismo estaba resguardado por un viejo muro de piedra. Era un cementerio húmedo y lúgubre.

Por primera vez en su vida, Samuel creyó saber lo que era el miedo...

Le entraron ganas de salir huyendo y poner el hecho en conocimiento de las autoridades, a fin de que hicieran averiguaciones y descubrieran el origen de aquel misterioso zumbido. Pero pudo más su curiosidad... y avanzó hacia el cementerio.

Llegó junto a la entrada, de verja...

El camposanto parecía tranquilo. Nada allí descubriría misterio alguno, como no fuera el que se desprendía de su propio aspecto, de aquellas losas y cruces bruñidas por los primeros rayos de una luna pálida y mantecosa, enfermiza.

«Los muertos no tienen voz», se dijo.

Sin embargo, aquel extraño zumbido estaba en el aire, apoderándose de su persona, como si le ordenase hacer algo que él mismo no entendía realmente.

Todavía estaba en situación de largarse y dar conocimiento del hecho. Pero la curiosidad seguía dominándole. Y, después de recorrer todo el recinto, de cruzar ante las diversas tumbas y los eternos cuadros de sepulturas, Samuel se orientó hacia la parte norte del cementerio, por el exterior del mismo.

No bien había dado vuelta a la esquina del muro, sus ojos advirtieron algo sorprendente e insólito...

Un cuerpo extraño, semejante a una gigantesca taza vuelta de revés sobre un plato también de revés, parecía suspendida a medio metro del suelo, en el aire.

No tenía puertas ni ventanas. Y nadie hubiera podido explicar de qué material estaba compuesto. Pero cualquiera diría que era fuego concentrado o cosa parecida, casi transparente, irradiando extraños destellos... y produciendo aquel sonido que le había mantenido preocupado durante horas.

Samuel empezó a retroceder, dispuesto a salir huyendo.

Pero el zumbido aumentó hasta aturdirle, dominando su voluntad y sus fuerzas y obligándole a acercarse.

El extraño objeto seguía iluminado, encendido, como si fuera incandescencia pura... Y algo sucedió entonces, que desorbitó los ojos de Samuel, llenándole de un pánico atroz y escalofriante.

El terror terminó por paralizarle.

La escena se hizo del todo alucinante. El rostro del hombre se descompuso hasta adquirir una expresión indescriptible, de verdadero espanto.

Aquel sonido continuado y penetrante se había introducido en su cerebro, dominándole. Las piernas no respondían a su deseo de salir huyendo... y sus labios repitieron una misma frase suplicante y angustiosa:

— ¡No..., no..., noooo...!

Ruth empezaba a sentirse preocupada con la tardanza de Samuel. Su marido era un hombre que salía muy poco de casa, que se acostaba temprano y madrugaba con los pájaros.

Sin embargo, ya había anochecido... y Samuel seguía sin regresar.

Varias veces se asomó Ruth a la entrada de la vivienda, esperando ver llegar a Samuel. Y en dos ocasiones, tentada estuvo de salir en su busca.

Si no lo hizo fue porque sabía que podía disgustarle. Y siguió comiéndose las uñas largo rato.

Eran ya las once y media de la noche.

Ruth volvía a estar a la entrada de la casa, con la mirada pendiente de las tierras que apuntaban al huerto, cuando distinguió la figura de un hombre que se acercaba.

Respiró aliviada, al reconocer en aquella figura a su esposo.

Estaba oscuro, a pesar de que había luna; pero ella no necesitaba demasiado esfuerzo para distinguir y reconocer aquella recia figura de hombre.

Fue después, al entrar Samuel en la casa, cuando Ruth descubrió que no era el mismo hombre...

Los ojos de Samuel mostraban una fijeza alucinante. Sus cabellos se habían vuelto canos... y existía en él una rigidez impresionante que parecía poner de relieve algún horror sufrido.

Ruth se llevó las manos a la boca estrangulando un grito. Pero en seguida se sobrepuso y se acercó a él, hablándole:

—Samuel, ¿qué te sucede? Samuel...

Él pasó a su lado sin mirarla apenas y se dirigió hacia una de las ventanas que apuntaban a las tierras de siembra, fijándose sus ojos en aquel oscuro exterior en el que parecía existir algo misterioso y terrible.

—¡Samuel!

Ruth, viendo que no la miraba ni le contestaba, asustada de aquel aspecto, se le acercó y le tomó de la ropa, agitándole con angustiosa desesperación.

—¡Samuel! ¿Qué te sucede? ¡Samueeeel...!

El hombre, sin responderle ni mirarla, movió una de sus manos, despidiéndola con fuerza de su lado.

Desde el suelo, con los ojos llenos de sorpresa y de lágrimas, la mujer miró a la espalda del hombre sin poder comprender su comportamiento.

Algo terrible tenía que estar sucediendo para que él se comportase de aquel modo... y mostrar aquel cambio alucinante.

Las pupilas de Samuel, dos puntas de fuego trasparente, estaban prendidas de un vacío estremecedor. No reconocía a su mujer ni se conmovía de sus lágrimas.

Ante semejante circunstancia, con el miedo y la angustia pintados en sus ojos, horrorizada, Ruth se incorporó y salió a toda prisa de la casa, en busca de auxilio.

Cuando regresó al poco rato, acompañada del doctor Froug y del comisario John Toomey, Ruth se cubrió la cara con las manos al tiempo que lanzaba un alarido escalofriante.

El cuerpo de Samuel colgaba de una de las vigas del techo, balanceándose ligeramente.

¡Se había suicidado!

Ruth se dejó caer en uno de los asientos, deshecha en un llanto angustioso.

Mientras las miradas del médico y del policía permanecían fijas en la patética figura que colgaba del techo proyectando su sombra en el suelo y las paredes...

* * *

Amanecía lentamente...

Dos empleados de la funeraria de Altex abandonaron el fúnebre establecimiento con un ataúd a cuestas. Atravesaron todo el pueblo, dirigiéndose a la casa de los Belloc.

El domicilio se hallaba lleno de vecinos que en vano trataban de consolar a la viuda.

Los dos empleados pasaron al interior del cuarto con el ataúd.

En el vestíbulo, una mujer se acercó a Ruth, preguntándole:

—¿Has avisado a tu cuñado?

—Sí. Pude hablar con él por teléfono hace un rato. Ya debe de estar en camino.

Pocos minutos después, un automóvil se detuvo frente a la casa. De él descendió un hombre de unos treinta y cinco años. De elevado continente, delgado, sus facciones le delataban como uno de tantos hombres acostumbrados a apurar la vida: de rasgos afilados, ojos castigados por la escasez de sueño y con esa falta de pigmento que otras personas le deben al sol y al aire del mundo abierto.

No obstante, el hombre resultaba atractivo. Había en su mirada, en sus gestos y en sus modales un algo particular que le definía claramente y le hacía parecer importante.

Era Alex Belloc, el hermano de Samuel.

Cuando entró en la vivienda, Ruth rogó a todas aquellas personas que les dejaran solos un momento a ella y a su cuñado. Luego Ruth se acercó a Alex y le miró largamente, tratando de hallar algún consuelo en sus ojos.

Las lágrimas terminaron por imponerse una vez más y Alex la dejó desahogarse unos segundos.

—¿Dónde está, Ruth?

—Allá...

La mujer le acompañó hasta el cuarto donde estaba el cadáver de Samuel, ya dentro del ataúd.

Alex permaneció algunos segundos con la mirada fija en el cadáver de su hermano.

¡No era el mismo hombre que había visto hacía pocos días!

Aquel cabello completamente blanco, aquellos rasgos afilados, aquella palidez distinta incluso a la de cuantos muertos había visto en su vida...

¡Alex se estremeció!

Parecía que hubiera más temor que piedad en sus ojos. Pero en seguida se sobrepuso.

—¿Qué dices a esto, Alex?

—No lo sé, Ruth. Hay algo extraño en su aspecto...

—No es el mismo hombre, ¿verdad?

Alex negó con la cabeza, en silencio.

—¿Qué habrá podido ocurrirle para desear quitarse la vida? Conocía a mi hermano y sé que él era incapaz de una cosa así. Al menos, por propia voluntad.

—Es lo mismo que yo pienso, Alex. Ya te lo dije por teléfono. Y lo que es peor, antes de quitarse la vida, me trató de un modo brutal... y como si no me conociera.

—¿Has hablado con el comisario de policía?

—Sí.

—Y ¿qué ha dicho?

—Ni él ni el doctor saben qué opinar. Piensan que el miedo sufrido por la presencia de esos gases alteró su sistema nervioso y que ese mismo miedo le condujo a esta decisión.

Alex se volvió hacia su cuñada.

Trataba por todos los medios de penetrar en la verdad de aquella muerte. Estaba francamente impresionado. Además Samuel era su hermano. Pero, así y todo, ello no era razón que pudiera llegar a restarle conocimiento.

—Tal vez fuera ése el motivo, ¿no crees?

—Desde luego que no.

—Ruth...

—Escúchame, Alex: Sam jamás fue hombre que se asustase fácilmente, tú lo sabes. En cualquier otra persona del pueblo esa explicación podría parecerme normal, pero en Sam no.

—No puedes estar segura.

—¡Lo estoy! Cuando ocurrió lo de los gases, era él quien me daba ánimos. Decía que no había que temer nada, y hasta se negó a abandonar el pueblo. Luego, cuando desaparecieron esos gases, se mostró burlón conmigo. No perdió el apetito en ningún momento, y cuando salió de casa para ir a las tierras de siembra, lo hizo seguro de sí mismo, del todo optimista.

—¿Cómo encontró la cosecha?

—En perfecto estado.

—Luego tampoco pudo ser ése el motivo.

—¡Claro que no! Nada ha dañado las plantas. Luego volvió a salir por la tarde... y ya no regresó hasta la noche. Fue cuando advertí en él ese cambio tan extraño. Corrí en busca del comisario y del doctor

Froug.

—¿Y...?

—Cuando regresamos a la casa..., ya él estaba colgado de una de las vigas del techo.

—Entiendo...

—¡Tiene que haber ocurrido algo extraño, Alex!

—Algo... ¿como qué?

—No lo sé, ¡no puedo saberlo! Llevo horas pensando en ello, dándole vueltas en la cabeza; pero tengo el presentimiento de que algo verdaderamente extraño tuvo que suceder para que Sam llegara a suicidarse.

—Será mucho mejor hablar de ello con el doctor y el comisario, ¿no te parece?

—Como quieras. Pero ya de antemano te advierto, en contra de la opinión de esos hombres, que estoy dispuesta a jurar como sea a que tu hermano no obró por sí mismo al quitarse la vida.

Abandonaron la vivienda para dirigirse al despacho del comisario John Toomey...

* * *

Al poco de llegar el doctor Froug al despacho del comisario Toomey, avisado por éste, y después de la presentación hecha al hermano del muerto, tras algunas consideraciones preliminares al caso, el comisario vino a contradecir una vez más las palabras de Ruth:

—Señora Belloc, admito que se sienta usted preocupada; pero no existe ninguna razón para pensar en cosas fuera de lo natural.

—Usted pensará lo que quiera, comisario. Sin embargo, a mí me consta que mi esposo tuvo que haber sufrido alguna extraña impresión para experimentar un cambio tan rápido y llegar a tan horrible decisión.

—¿Ha hecho alguna investigación, señor Toomey? —preguntó Alex al comisario.

—Desde luego —asintió éste—. Estuve inspeccionando personalmente las tierras de su hermano, registré hasta el último rincón... y nada extraño pude encontrar.

—¿Hizo usted todo eso de noche?

—Con las primeras luces. Luego, hace algunos minutos, hablé con distintas personas del pueblo; nadie vio ni sintió nada raro.

Alex se volvió esta vez hacia el médico, preguntando:

—¿Cuál es su opinión del caso, doctor Froug?

—Bueno..., creo que ya se lo expliqué a su cuñada —respondió éste, con un ligero encogimiento de hombros que pareció querer inhibirle de aquella cuestión—. El comisario y yo nos hemos hecho un sinfín de conjeturas. Y, aunque él se ha preocupado de abrir expediente del caso, todo parece querer indicar que lo sucedido no ha sido sino consecuencia del miedo vivido anteriormente, con la presencia de esos extraños gases que nos han mantenido en constante preocupación.

—¿Cuál sería en este caso su dictamen médico?

—El mismo que ya he hecho constar en mi expediente: «privación de la propia voluntad objeto de un fuerte estado emocional fijado en el terror».

—Entiendo. Sin embargo, doctor, mi hermano jamás había sentido miedo, no era lo que se dice un hombre impresionable.

—Eso no dice nada, señor Belloc. Pudo en un momento imaginar algo que le apoderó hasta el punto de trastornarle... y del miedo nacen muchas veces ciertas ideas obsesivas que son las que conducen a la persona a desear quitarse la vida.

—¿Cree que la autopsia aclararía tales decisiones?

—Estoy tan seguro de mis afirmaciones, que considero innecesario llegar a ese extremo. Pero si ustedes lo desean...

—No, no es que lo deseemos, doctor. Olvídelo.

—Como guste.

Alex se volvió un instante hacia su cuñada.

—Ruth, creo que no hay razón alguna para pensar en nada raro. Comprendo tu dolor, pero... pienso como el doctor que cuanto de malo pudo conducir a Sam a suicidarse estaba en su propio temor.

—Te han convencido, ¿eh? —murmuró Ruth, defraudada—. ¡Ya me lo temía!

—Ruth, tienes que aceptar las cosas como son.

—Y otra cosa, señora Belloc — intervino nuevamente el comisario

—: le ruego que no haga circular el rumor de todas esas extrañas dudas que la dominan. La población está tranquila, el miedo ha pasado ya... y cualquier sugestión desagradable podría reavivar la angustia y el terror padecidos días atrás.

Ruth, sin poder luchar contra las palabras de aquellos dos hombres, en quienes su cuñado acababa de descansar de sus dudas, abandonó el despacho del comisario.

No es que pensara en que ellos le mintieran, sino simplemente en que no querían creer en sus sospechas.

—Debe convencerla, señor Belloc. No puede vivir siempre pendiente de sospechas de tal calibre.

—Trataré de hacerlo, comisario. Ruth está aún bajo los efectos de la impresión y su dolor es quien la fuerza a pensar en todas esas cosas raras.

—Me hago cargo. Pero entienda mi situación y comprenda que sus palabras podrían llegar a preocupar a toda la gente de este pueblo.

Alex asintió.

Minutos más tarde, también él abandonaba el despacho del comisario, consciente del tremendo problema que afectaba a su cuñada.

Y entendía que iba a ser difícil sacarla de sus dudas...

* * *

Aquella noche, la siguiente al suicidio de Samuel Belloc, mientras todo el pueblo dormía y ni una sola luz alteraba la sombría fisonomía del caserío, un hombre abandonó el pueblo.

Se encaminó lentamente hacia la parte alta del cementerio, siguiendo el camino que atravesaba el huerto de Samuel.

Un hombre extraño, encogido y ocultando su cuerpo en lo posible, hurtando su mirada a cualquier persona que estuviera velando.

Llegó al cabo de unos cuantos minutos al lugar exacto donde Samuel descubriera el cuerpo extraño casi veinticuatro horas antes.

El lugar estaba desierto.

Sin embargo, debido a la fuerte luz de la luna, se distinguía un ancho espacio de tierra como removida y quemada. La hierba y algunos arbustos próximos estaban chamuscados, como si hubiera

habido allí una gran hoguera hacía poco tiempo.

El extraño personaje se detuvo junto a dicho lugar y aguardó un rato silencioso, con la mirada fija en el suelo, esperando algo o a alguien que sólo él hubiera podido explicar.

Poco más allá se distinguían también unos extraños montones de vegetales secos: algas marinas a las que parecían haber extraído toda su sustancia y que morían ya por sí solas, semejantes a enormes montones de pulpa seca.

De pronto, la tierra pareció temblar.

Algo se movió allí, como si un gigantesco animal prehistórico se estuviera desenterrando por sí mismo, surgiendo a la superficie... El extraño cuerpo incandescente.

De nuevo aquel zumbido intermitente se apoderó del ambiente, en un tono leve. El cuerpo mostró su aparente transparencia ígnea y el extraño zumbido se transformó en una voz de onda intermitente que habló con el hombre.

Éste respondió a las palabras como si se tratara de, un ser sujeto a la voluntad del objeto.

Finalmente, el cuerpo extraño se abrió lateralmente mostrando una ancha escotilla, de la que surgieron varios entes viscosos y oscuros, semejantes a diminutos acalefos marinos con vida propia.

El hombre sacó de entre sus ropas una especie de caja de un material plástico. Se agachó y la colocó en el suelo, a escasa distancia del extraño objeto.

La especie de acalefos se introdujeron por sí mismos en la caja, después de escurrirse a todo lo largo de una deslizadora, a modo de escalera, que partía de la escotilla de la nave.

Una vez dentro de la caja, el hombre volvió a agacharse, cerró la tapa y se incorporó lentamente, retirándose varios pasos.

De nuevo volvió a oírse la voz en onda intermitente, dando instrucciones al hombre, al tiempo que se recogía la deslizadora y se cerraba la escotilla.

Finalmente, el objeto, aquella nave como incandescente, del tamaño de un bunker normal, volvió a desaparecer en el interior de la tierra, cerrándose ésta de modo que nada hacía prever la presencia de aquel cuerpo extraño en dicho lugar.

El hombre permaneció aún algunos minutos quieto y sombrío, como una estatua o un robot a la espera de una orden.

Luego, lentamente, como si nada le obligara, con aquella caja de material plástico bajo el brazo, conteniendo la especie de acalefos, empezó a alejarse, volviendo a cruzar aquellas tierras sembradas de hortalizas en dirección al sombrío pueblo de Altex...

* * *

Era nuevo día...

Las campanas de la iglesia sonaban monótonas.

En una panorámica poco agradable, se distinguía un largo cortejo de gentes en camino hacia el cementerio.

Era el entierro de Samuel Belloc.

Una vez en el sombrío recinto, el ataúd fue descendido con cuerdas al interior de un hoyo profundo. Y cuando sonaban los últimos rezos del sacerdote, después de las últimas paletadas de tierra del sepulturero, aquellas mismas personas, como llevadas de una prisa en cierto modo justificable, abandonaron el lugar para regresar a sus casas.

De vuelta del cementerio, en el domicilio de la viuda, Alex trató de aconsejarla:

—Ruth, tienes que armarte de valor.

Ella le miró larga y profundamente a los ojos, como si hubiera contenida y resignada desesperación en sus pupilas.

Respondió calmosamente:

—Ojalá no seas tú uno de los primeros en arrepentirte, Alex.

Sin saber por qué, el hombre se estremeció.

—¿Qué estás diciendo?

—Ya me oíste.

—Sí, pero... no puedo entenderte.

—Ni siquiera yo, que lo temo, puedo entenderlo, Alex. Sin embargo, presiento que un extraño peligro nos amenaza a todos... ¡y quiera Dios que me equivoque!

—Estás aún bajo los efectos del dolor, Ruth.

—Daría hasta mi propia vida porque fuera sólo eso, ahora que ya nada tiene objeto para mí, después de la muerte de Sam. Pero no es

así, Alex, ¡estoy segura de que algo extraño nos vigila y amenaza a todos! Y lo único que me desespera es pensar que todos, indefensos ante esa amenaza, vulnerables como la carne al cuchillo, permanecéis despreocupados.

—Pero... tú nada explicas. Aunque vaticinaras el fin del mundo y no tuvieras razones..., ¿a quién convencer de ello?

—Ése es vuestro problema, Alex, ¡el problema de todos!

—¿No el tuyo?

Ruth negó con la cabeza, al tiempo que una extraña sonrisa de resignado dolor colgaba de sus labios.

—No.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque yo debo de ser la única persona en este pueblo a quien ya no puede asustar ni la muerte misma.

—Ruth...

—¡Adiós, Alex!

El hombre quedó suspenso unos segundos. No podía negarse que estaba algo impresionado; pero en su interior, su sentido común le decía que no podía prestar demasiado atención a la trágica postura de su cuñada.

Ruth estaba viviendo un mal momento. Y él no podía entregarse a falsos ni extraños presentimientos.

La única verdad estaba en que su hermano Samuel se había suicidado y en que ya nada ni nadie le devolvería la vida.

—Adiós, Ruth. Si llegas a necesitarme...

—No malgastes tu tiempo, Alex.

Minutos más tarde, Alex Belloc, extrañamente decepcionado, abandonaba en su automóvil el sombrío pueblo de Altex.

Ni siquiera pudo percibir la constante mirada de unos ojos brillantes y amenazadores que le habían estado espiando desde el primer instante en que pusiera sus pies en aquel pueblo...

* * *

Volvía a ser de noche...

El mismo hombre extraño que estuviera la pasada noche e« la parte alta del cementerio, en contacto con la ígnea nave, había vuelto a salir del pueblo y se dirigía nuevamente al camposanto, a su interior.

En sus manos llevaba la misma caja de plástico que contenía la especie de calefos.

Una vez dentro del cementerio, se encaminó por los distintos pasillos hacia la sepultura de Samuel Belloc.

Dejó la caja encima de una losa. Se acercó luego a una de los distintos nichos superiores, apartó la pequeña losa que lo cubría y de su interior, vacío de muerte, extrajo dos largas palas.

Regresó junto a la tumba de Samuel y empezó a remover la tierra que cubría el ataúd con una de las palas.

No tardó demasiado tiempo en llegar hasta el mismo.

Cuando lo consiguió, saltó al interior del hoyo y lo abrió, rompiendo los ligeros herrajes ornamentados.

Inmediatamente volvió a salir del hoyo.

Durante unos segundos, contempló el cadáver de Samuel Belloc. Aún conservaba la extraña palidez de la muerte en todo su cuerpo.

Sonrió diabólicamente y tomó la caja de plástico de encima de la losa. Se acercó de nuevo al hoyo, abrió la caja... y dejó caer sobre el cadáver de Samuel uno de los raros especímenes.

Medio minuto más tarde, Samuel Belloc surgía del interior de la sombría y húmeda sepultura, como si jamás hubiera estado muerto.

Finalmente, como si ambos hombres hubieran estado de acuerdo toda su vida, cada uno de ellos tomó una de las palas y volvieron a cubrir el vacío ataúd con la misma tierra.

No se dirigieron una sola palabra en ningún momento. Era... como si obrasen bajo el efecto de un mandato sobrenatural, como autómatas sujetos a una superior voluntad... y de nada servían las palabras.

Finalizado este trabajo, ocultaron las palas en el mismo nicho, cerraron la losa y abandonaron el cementerio con la misteriosa caja.

Pronto se perdieron entre las sombras, con la vaguedad de dos rasgos trazados a capricho.

Pero ambos temen una función diríase que... definida. No eran simples sombras..., aunque más bien parecieran dos resucitados.

Caminaron en línea recta hacia el pueblo de Altex...

3. EL MUERTO QUE ANDA

Había transcurrido casi todo un mes, desde que Alex Belloc acudiera al pueblo de Altex para acompañar a su hermano Samuel hasta su última morada.

Alex estaba entregado en cuerpo y alma a su trabajo. Había emigrado hacía más de diez años del pueblo a la ciudad y logrado abrirse paso en los negocios.

No es que fuera un presidente de empresa, ni mucho menos; pero tenía su propia agencia de publicidad, trabajo por el cual se sintiera inclinado desde un principio, y las cosas iban viento en popa, gracias todo a su movilidad, a su perspicacia, a su intuición, a su reconocido ingenio... y a que había sabido rodearse de unas personas que formaban su mejor equipo propagandístico.

La muerte de Samuel era ya un hecho pasado, algo relegado al olvido. ¿Para qué atormentarse con cosas que no tenían remedio?

Era un hombre práctico. Y sabía que todos, más tarde o más temprano, estaban llamados a seguir el mismo camino.

También se había olvidado de los absurdos presentimientos de Ruth. Prefirió imaginar que había pasado aquella extraña crisis y que continuaría su vida resignada, haciéndose a la idea de que la muerte tenía un significado concreto con el que no debía ni podía especularse.

Pero aquella misma mañana...

—Señor Belloc.

—Diga, Nora.

—Es para usted — le mostró su secretaria el teléfono descolgado.

Alex terminó de quitarse el gabán. Lo puso en una esquina de la mesa, para que su secretaria se hiciera cargo de él, y se encaminó hacia la puerta de su despacho, diciendo:

—Páseme la comunicación allá, ¿quiere?

—Desde luego.

Medio minuto más tarde, después de haberse sentado en su asiento tras la enorme mesa y tomar el microrreceptor:

—Diga.

Le respondió una voz profunda al otro lado del hilo; una voz para él tan conocida, que llegó a estremecerle desde los pies hasta la raíz de los cabellos:

—¿Eres tú, Alex? Pronto te has olvidado de mí, muchacho.

—¡Oiga! ¿Qué broma es ésta?

—No es ninguna broma, muchacho: soy tu hermano Sam... ¿O es que también has olvidado ya mi voz?

—Si es usted un imitador y le han pagado por asustarme, pierde su tiempo. Yo sé dónde está mi hermano Sam: ¡muerto y enterrado!

Le respondió una risita maliciosa al otro lado del hilo. Y luego, la misma voz añadió:

—No te molestes en querer recordarme bajo tierra, Alex. Estoy tan fuera de hoyo como tú. Lo que pasa es que... interesaba que todos me creyesen muerto.

—¿Por qué razón? —sudó Alex.

—Eso ya no puedo explicártelo... aunque, a poco que pienses, no habrás olvidado la transformación que sufrí, ¿verdad?

—No, eso es cierto.

—Quien más cerca estuvo de la verdad fue Ruth.

—¿Has dicho... *estuvo*?

—Sí. Porque Ruth ya no es un problema: está en mi misma situación y ni sufre ni recuerda.

—No estará... muerta, ¿verdad?

De nuevo escuchó Alex aquella risita extraña y maligna al través del hilo.

—Si quieres, muchacho, puedes decir que está... tan muerta como yo, y ya puedes apreciar que te estoy hablando.

—¡Continúo sin creer en una sola palabra de todo esto!

—No me sorprende. Cualquiera en tu lugar pensaría lo mismo.

—Mi hermano, cuando venía a la ciudad, jamás me llamaba por teléfono, se presentaba directamente en mi despacho.

—¡Claro! Pero eso era antes. Ahora es distinto, muchacho: recuerda que debo continuar *muerto* para todo el mundo, aunque contigo sea diferente.

Aquel sudor de Alex se hacía cada vez más frío.

—¿Dónde puedo verte?—preguntó.

—Esperaba que me hicieras esa pregunta.

—¡Responde!

—Calma, hermano. Sabes que toda mi vida he sido enemigo de andar con prisas.

—Está bien, de acuerdo. Te haré la misma pregunta con toda la calma que desees: ¿dónde, puedo verte?

—¿Lo estás deseando?

—Quiero convencerme de que este juego no podrá continuar demasiado tiempo.

—Siempre fuiste un incrédulo, Alex. Pero te daré ese gusto. Escucha bien lo que voy a decirte y trata de entender que al menor intento de avisar a la policía yo me enteraría... y jamás volverás a saber de mí.

—Y... ¿por qué temer a la policía?

—No es que la tema, sino que ninguno de los dos la necesitamos para nada. Somos dos hermanos que desean volver a verse, eso es todo.

—Bien, te escucho.

—Toma tu auto y trasládalo a la boca de Metro número quince. Espera en el andén de la izquierda.

—¿Es allí donde voy a verte?

—Allí mismo.

—Pero es que...

Alex no continuó. Acababa de escuchar el «click» metálico que cortaba la comunicación al otro extremo del hilo.

El dueño de aquella voz acababa de colgar.

Alex se quedó unos segundos con el microrreceptor en la mano como si fuera el principio de una pesadilla.

¡No podía dar crédito a algo tan disparatado como aquello!

¿Convendría avisar a la policía?

— ¡No! —murmuró entre dientes—. Se burlarían de mí... Y además ahuyentaría al tipo que busca asustarme. Pero ¿por qué todo esto? ¡Me siento incapaz de entenderlo!

Decidió cerrar los ojos a toda prudencia y a toda razón y terminó

colgando el microrreceptor. Luego, abandonó la trinchera de su mesa y salió del despacho, dispuesto a acudir a la extraña cita.

Nora, su secretaria, observó la palidez y el nerviosismo que se cebaban en él, y le preguntó preocupada:

—¿Le ocurre algo, señor Belloc?

—Nada, Nora. No se preocupe. Estaré fuera un buen rato.

—Rock llamó desde el aeropuerto diciendo que acababa de poner los pies en tierra y que venía hacia acá. ¿Qué le digo cuando llegue?

—Que espere.

—Bien. ¿Alguna otra cosa?

—Nada más, Nora. Trataré de estar de regreso lo más pronto posible.

Alex terminó de colocarse el gabán y abandonó la agencia a toda prisa. Minutos más tarde se alejaba a toda velocidad en su coche, por el centro de la ciudad, hacia uno de los extremos más sombríos y menos urbanizados de la misma.

El lugar donde estaba la boca de Metro número quince...

* * *

En una retirada cabina telefónica, un hombre alto y fornido acababa de poner fin a su propia comunicación, colgando el teléfono de la horquilla metálica.

Se volvió lentamente, abrió la cabina y salió de su interior.

Su aspecto producía extraña desazón.

¡Era Samuel Belloc!

El mismo cabello blanco, los mismos rasgos afilados, los mismos ojos inexpresivos, casi alucinantes...

Ante él, varias calles solitarias y algunos callejones abandonados por los desperdicios en ellos acumulados.

Era de día. Y sin embargo, aquella parte de la ciudad parecía estar completamente desierta.

En todos aquellos edificios se adivinaban todas las calamidades que eran adictas a la necesidad y al vicio de miles de personas incapaces de sobreponerse a la miseria.

Samuel avanzó sin prisa al través de aquellas callejas ruinosas y miserables, como si fuera contando sus propios pasos.

¡Como un autómata!

¡Como un robot de carne y hueso!

Minutos más tarde, llegaba ante la boca de Metro número 14, la que conducía al andén opuesto de la boca 15.

Se aplastó contra una esquina, desde donde podía ver la entrada de ambas bocas, separadas entre sí por la anchura de una calle, en la que transitaban muchas personas de todas las clases sociales.

Y allí permaneció largo rato como agazapado, quieto y expectante, hasta que vio detenerse un automóvil conocido.

Era Alex que llegaba puntualmente a la cita.

Lo vio descender del auto, mirar un poco inquieto a su alrededor y entrar luego por la boca indicada de Metro.

Samuel se irguió, dejando ver un brillo diabólico en sus relucientes pupilas de «resucitado».

Luego, con la misma pesadez de movimientos que le había conducido hasta aquel lugar, se dirigió a la boca de Metro número 14 y empezó a descender las escaleras que le conducirían al andén opuesto del que se encontraba su hermano Alex...

* * *

Alex Belloc, después de descender al andén del Metro, estuvo largo rato mirando a toda la gente que se movía a su alrededor, como si en cada una de aquellas personas fuera a descubrir al hombre que le telefonara haciéndose pasar por su difunto y enterrado hermano.

Seguía sin imaginar siquiera que fuera a encontrarse con Samuel. Lo que sí sospechaba era que alguien trataba de chantajearlo o servirse de él con algún fin insospechado... y pensaba responder de forma contundente y adecuada contra ese alguien.

Estaba por llegar uno de los trenes y muchas de aquellas personas se alineaban al borde del andén de cemento abierto al hueco de las vías.

Alex no encontró nada anormal ni sospechoso en todas aquellas gentes, al contrario; todas ellas se movían o estaban quietas, ajenas a él y pendientes únicamente de sus propias cosas.

De pronto, los ojos de Alex saltaron las vías y llegaron hasta el otro andén, justo cuando el silbido de uno de los trenes horadaba la distancia del túnel.

Sintió como si una descarga eléctrica le hubiera atrapado, estremeciéndole unos instantes... y paralizándole luego.

Entre la gente del otro extremo estaba su hermano Samuel. Sólo les separaba aquel espacio de vías.

¡Samuel!

¿Cómo era posible?

Y no había falsedad en aquel rostro. Ni el más consumado especialista hubiera llegado a una caracterización que confundiera aquellos rasgos. ¡Era Samuel, no cabía duda!

Igual que cuando lo viera en el ataúd, transfigurado de pies a cabeza. Sólo que... con los ojos abiertos.

¡Unos ojos que pesaban ahora en Alex como los de la mitológica esfinge, penetrando en su interior, dominándole, estremeciéndole hasta la médula de los huesos!

Se sintió presa de una extraña emoción, al tiempo que un temor indescriptible influía en él poderosamente.

Pero lo verdaderamente horrible era advertir, ¡sentir!, la profunda y poderosa fijeza de los sentidos de Alex.

Como por telepatía, aquellos ojos empezaron a transmitirle sus órdenes:

«Ya me estás viendo, hermano. Ahora no puedes negarme. Y estás obligado a obedecerme. ¡No puedes oponerte a mi voluntad! Ven, muchacho, acércate. « Camina hacia mí, ¡camina!, ¡camina!, ¡camina!...»

Alex, como un autómatas, atraído y obligado tanto por aquellos ojos como por el mensaje telepático, empezó a avanzar paso a paso, sin voluntad propia, cuando ya el tren estaba a punto de entrar en andenes.

Le arrastraba un poderoso imán.

Siguió avanzando...

El tren apareció de pronto por el hueco con gran fuerza.

Alex dio los últimos pasos.

Alguien, otro hombre, advirtió de pronto su extraño caminar y trató de evitar la tragedia sujetándole. Pero ya era demasiado tarde.

Alex acababa de dar el último paso... y cayó a la caja de la vía, justamente cuando ya el tren estaba encima.

Se escucharon gritos de horror y sobresalto, crujido de frenos y voces angustiosas.

En el andén opuesto, mientras la gente empezaba a arremolinarse encarada a la tragedia, Samuel Belloc desvió su mirada diabólica y homicida y se alejó lentamente como un robot humano, desapareciendo por la boca de salida que habría de conducirlo al exterior del Metro...

* * *

Varios hombres habían saltado a la caja de la vía, rescatando el cuerpo de Alex de entre las ruedas del tren.

Éste, en la caída, perdida la fijeza de aquellos ojos que le habían obligado, había reaccionado vertiginosamente, haciéndose a su primitiva percepción y advirtiéndolo el peligro.

Había sabido encogerse en la caída y buscar el hueco de la caja de la vía, evitando la guillotina de las ruedas, permaneciendo quieto.

—¡Vaya, sí que ha tenido usted suerte, amigo!

—Sí, eso parece...

—¿Qué diablos le ocurrió?

—Sufrí un mareo... y no reaccioné hasta dar con el suelo.

—Pues yo le vi caminar de una manera rara, como si usted mismo buscara las ruedas del tren.

—Se equivoca, si piensa que intentaba suicidarme. ¡Amo la vida como el más egoísta de ustedes!

Aunque respondía a la curiosidad de aquellas personas que habían acudido en su auxilio desinteresadamente, Alex, mientras se recuperaba del susto, saltaba de la vía al andén y evitaba todos aquellos rostros, trataba de descubrir la figura de Samuel, en el andén opuesto.

Pero Samuel había desaparecido.

—¡Necesito encontrarle! —murmuró.

—¿Qué dice? —le preguntó uno de aquellos hombres.

Él se disculpó con una sonrisa vaga.

—No, nada. No me hagan caso. Y ahora, si no es molestia, tengo que irme. Por favor...

Dio las gracias a toda aquella gente y abandonó el andén a toda prisa, dejando a casi todos con un gesto de extrañeza o un encogimiento de hombros que quería significar indiferencia. Después de todo, ¿qué les importaba a ellos lo que pudiera pensar aquel desconocido?

Alex salió a toda prisa del Metro.

En la parte opuesta de la calle, descubrió un taxi parado y un hombre que terminaba de cerrar la portezuela desde su interior.

¡Aquel hombre era Samuel!

El taxi se puso en marcha...

—¡Sam!

El taxi siguió alejándose. Samuel no le había oído.

Alex se fijó en la patente del automóvil, apuntando el número en su agenda. Luego corrió rápido hacia su propio auto, con intención de seguirle.

Pero ya el taxi había doblado hacia una calle apartada, y cuando él llegó a dicha calle, había desaparecido.

Decidió dirigirse a la primera Jefatura de Policía.

No cabía la menor duda de que el caso revestía caracteres verdaderamente extraños y sospechosos.

Primero: su hermano Sam, muerto y enterrado un mes atrás, aparecía de pronto con vida, le citaba extrañamente en un andén de Metro y le impulsaba a suicidarse.

Segundo: ¿cuál podía ser el significado del poder que partía de aquellos ojos de su hermano? Samuel siempre había sido un hombre normal, más bien vulgar. Y de pronto... daba la sensación de poseer un poder diabólico, capaz de apoderar la voluntad de sus semejantes y obligarles a todo hecho insospechado.

Y tercero: ¿cuál podía ser la razón de que su propio hermano deseara verlo muerto? Samuel no tenía hijos y siempre le había dado prueba de un cariño fraternal poco común. Jamás habían tenido una sola discusión ni un solo altercado. Y, de pronto..., le citaba para obligarle a ir sobre unas vías cuando el Metro entraba en ellas a toda velocidad. ¡Le había inducido a suicidarse!

Todas aquellas cosas tenían que guardar un significado. Y por

extraño e increíble que todo ello resultara, tenía que descubrirlo, ¡tenía que encontrar a su hermano!

Luego, estaba el hecho de pensar en Ruth, en todas aquellas palabras, presentimientos y temores en los que él no había podido creer... y que ahora incluso le hacían sentirse responsable.

Especialmente, después de la conversación sostenida con su hermano por teléfono.

¿Qué había querido significar Samuel con aquellas palabras referentes a ella? Todavía las recordaba: «Quien más cerca estuvo de la verdad fue Ruth.»

¿A qué extraña o diabólica verdad se refería?

Y aquellas otras palabras: «Ruth ya no es un problema: está en mi misma situación y ni sufre ni recuerda.» «Si quieres, muchacho, puedes decir que está... tan muerta como yo.»

¡Y Samuel estaba vivo, no podía negarse!

Alex sentía que la cabeza le daba vueltas y que un mareo inexplicable le acometía, sumiéndole en un sinfín de extrañas ideas y sospechas casi insostenibles.

¿Acaso estaba viviendo una pesadilla?

¡Pero, no!

Todavía recordaba su caída en la caja de la vía del Metro...

Se detuvo justamente frente a la entrada de una de las comisarías de Policía.

* * *

Entretanto, el taxi que abordara Samuel Belloc discurría ahora fuera de la ciudad, por una carretera solitaria: aquella que conducía al pueblo de Altex.

Después de varios minutos de velocidad, el ocupante ordenó:

—Deténgase aquí.

—¿Aquí? —se extrañó el taxista, aminorando la marcha—. Aún no hemos llegado al pueblo...

—No necesitamos hacerlo. ¡Deténgase!

—Bien..., como guste.

Una vez detenido el auto, el taxista empujó la manecilla del reloj del taxímetro y se volvió encendiendo la luz, para cobrarle el viaje a su extraño cliente.

Fue el encontrarse con unos ojos extraños y poderosos; unos ojos que penetraron hondo en su débil naturaleza, encandilándole.

Presintió lo horrible de su situación y gimió débilmente, como un animal atrapado e indefenso, aterrorizado, sin poder moverse ni rebelarse.

Samuel sacó su mano izquierda del fondo de uno de sus bolsillos. Entre sus dedos apareció una navaja de las llamadas automáticas. Presionó el botón superior, saltó el muelle... y surgió la acerada lengua de entre las cachas.

Luego, sin la menor misericordia, aquella misma mano terminó asestando un golpe rápido y brutal que llevó la hoja de la navaja hasta el corazón del taxista.

Éste se estremeció durante unos segundos, con la muerte metida en el cuerpo, y cayó a un lado su cabeza, sobre el asiento, quedando completamente inmóvil.

Entonces, Samuel descendió del coche, guardando la sangrante arma en el interior del mismo bolsillo.

De pronto, algo se movió entre unos arbustos próximos a la carretera. Los vegetales se vieron apartados y apareció la figura de otro hombre.

El mismo hombre extraño que mantuviera contacto con la incandescente nave, en la parte alta y exterior del cementerio de Altex.

En sus manos traía la misma caja de plástico.

Se acercó al taxi sin parecer reparar en su compañero Samuel. Abrió la portezuela delantera del auto y fijó sus ojos en el cadáver del infortunado taxista.

Sin volverse hacia Samuel, preguntó:

—¿Cómo han ido las cosas en la ciudad?

—De acuerdo con lo dispuesto —respondió Samuel—. Alex Belloc no será una preocupación para nadie.

—¿Hubo algún incidente?

—Ninguno. Sólo un... accidente.

—¿Sin sospechas?

—Sin sospechas.

—¡Bien! Eso facilitará mucho las cosas... —sonrió el extraño sujeto.

Abrió entonces la caja de plástico y echó sobre el cadáver del taxista uno de aquellos entes oscuros y viscosos, semejantes a diminutos acalefos marinos.

Luego, él y Samuel se retiraron de junto al auto, quedándose unos instantes en la orilla de la carretera.

Iban a ser espectadores de su propio «trabajo».

Transcurrieron unos cuantos segundos...

De pronto, la figura del taxista volvió a incorporarse en el asiento. Su herida seguía sangrando; pero él parecía vuelto a la vida, resucitado sin el menor dolor.

Únicamente se advertía la transfiguración de su rostro, que le hacía tan extraño como al propio Samuel y al desconocido sujeto que le acompañaba.

Finalmente, el taxista accionó maquinalmente los mandos del automóvil y se alejó en dirección a la ciudad.

Samuel y el extraño hombre se volvieron entonces hacia las tierras que apuntaban al sombrío pueblo de Altex...

4. LAS PRIMERAS PESQUISAS

El comisario Tedd Harris terminó estrellando sus dos manos contra la superficie de la mesa, después de escuchar la insólita declaración de Alex Belloc.

—¡Todo eso que usted me explica no tiene pies ni cabeza, señor Belloc! Sólo tuve una vez conocimiento de que los muertos anduvieran realmente... y fue en una película de Frankenstein.

Alex trató de no perder su continencia, respondiendo:

—Yo no he dicho que mi hermano estuviera muerto, comisario.

—¿Ah, no?

—Entiéndame...

—Es lo que pretendo, amigo mío: ¡entenderle! Pero no veo cómo llegar a la razón. Empecemos... Usted dijo que su hermano Samuel se había suicidado en Altex hace cosa de un mes, cuando desaparecieron aquellos malditos gases que nos trajeron en jaque de temor a todos, ¿no es así?

—Sí...

—Usted vio el cadáver, todavía con la línea morada de la cuerda en el cuello y varios palmos de lengua fuera.

—Sí...

—Presentaba un aspecto extraño, quizá por haber sufrido alguna rara impresión causante de su decisión final; pero aceptó que estaba realmente muerto.

—Sí, señor.

—Vio cómo cerraban el ataúd con el cadáver dentro al día siguiente de su muerte, cómo era conducido al cementerio y enterrado públicamente en una de las muchas sepulturas, ¿hum?

—Sí.

—Aceptó su muerte y su entierro... y ahora viene a decirme que ha visto vivo a su hermano. Oiga, yo no sé qué pensaría cualquier otra persona en mi lugar; pero le juro que no pienso seguir escuchando semejantes afirmaciones.

—¡He visto a mi hermano vivo, comisario!

—Resucitado, ¿eh?

—No lo sé.

—¡No lo sabe! Pero insiste en querer hacerme creer que alguien pudo volverle a la vida para venir a amenazar la de usted. ¡Tan absurdo es el principio como el fin! Quiero entender que ha vivido usted una extraña pesadilla, señor Belloc. Trataré de olvidar su absurda declaración..., pero hágame el favor de volver a su casa y no repita a nadie este disparate, si no quiere que le tomen por loco.

—¿Ni siquiera piensa en la posibilidad de que alguien pudiera suplantar la personalidad de mi hermano, comisario?

—Eso resultaría ya más verosímil, si usted no insistiera en querer darle al asunto un carácter fantasmal o sobrenatural.

—Bien, pongámonos en el caso de pensar que ha sido de este otro modo, ¿le inclinaría a usted a 1 iniciar las investigaciones?

El comisario permaneció unos instantes pensativo y dudoso. Terminó encogiéndose de hombros con aquiescente resignación y volvió a tomar asiento en su butaca.

—Veamos, ¿existe alguna razón especial por la que alguien desee asesinarle?

—No creo tener enemigos...

—Me refería a si es usted lo suficientemente rico para que alguien pueda beneficiarse de su fortuna.

—Poseo una cuenta bancaria que me permite vivir con desahogo y además un negocio de publicidad; pero no me considero millonario ni con mucho.

—¿Tiene usted familia?

—Sólo a mi hermano Samuel...

—¡Su hermano está muerto y enterrado! ,

—Perdón. En ese -caso... sólo a la viuda de mi hermano, mi cuñada Ruth. Pero no creo...

—Dejemos las conjeturas para otro momento, señor Belloc. Dice usted que, después del incidente ocurrido en el Metro, vio alejarse a su hermano en un taxi.

—Así es.

—¿Se preocupó de fijarse en la matrícula del auto?

Alex asintió un tanto esperanzado, llevando la mano al bolsillo interior de su chaqueta y sacando la agenda.

—Aquí apunté su patente.

—Déjeme ver...

El comisario tomó la agenda de manos de Alex y anotó el número de matrícula en su bloc particular. Le devolvió luego la agenda y pulsó una de las teclas del intercomunicador. Se escuchó una voz en la pantalla del mismo:

—Diga, comisario.

—Jerry, ¿sabe si ha regresado Lyndon del campo de Country?

—Sí, señor. Está aquí.

—Dígale que pase de inmediato.

—Sí, señor...

Medio minuto más tarde entraba en el despacho un hombre alto y delgado como una anguila, un poco encogido de hombros y de mirada escudriñadora.

Su primera mirada fue para Alex, aunque le preguntó a su superior:

—¿Me necesitas, Tedd?

—Sí, Lyndon. El señor Belloc nos trae una denuncia... y deseo que averigües con la mayor rapidez posible el nombre del dueño de esta patente de coche.

—¿Algún particular, quizá?

—No, un taxi.

—Para eso basta con una simple llamada al sindicato. ..

—De acuerdo, Lyndon; haz esa llamada. Luego trata de localizar al taxista, interrógale y regresa con lo que hayas averiguado.

—De acuerdo.

Lyndon Kerr tomó el número de patente que acababa de indicarle el comisario y abandonó el despacho.

Éste volvió a levantarse, estirando las piernas con cierto desahogo, y concluyó mirando a Alex:

—Bien, señor Belloc, le informaré de lo que averigüemos. ¿Dónde podré encontrarle?

—Estaré en mi despacho toda la mañana, comisario. Le apuntaré mi número de teléfono.

—Conforme. Si sale a algún otro sitio... o sucede alguna otra

anormalidad, comuníquese de inmediato conmigo.

—Así lo haré...

* * *

El inspector Lyndon Kerr permaneció unos segundos colgado del microrreceptor, hasta escuchar la voz de su jefe al otro lado del hilo:

—¿Qué hay, Lyndon?

—Acabo de averiguar la identidad del taxista. Su nombre es Robert Longe. Uno de sus compañeros me ha dicho que se trata de un hombre un poco raro, pero buena persona. Es viudo, sin hijos y vive en un barrio de las afueras.

—¿Crees que puedes localizarlo?

—Desde luego.

—Pues hazlo y regresa con lo que averigües.

—Bien. Oye, Tedd... ¿Qué es lo que buscamos esta vez?

—«Un resucitado».

—¡Qué! ¿Estás de broma?

—Ya no lo sé, amigo mío. Pero, si te da por pensar que estoy rematadamente loco, no andarás descaminado.

—Vamos, achica ese humor negro y dime de qué se trata. Has logrado intrigarme.

—Te lo contaré todo cuando regreses. Si te adelantara el motivo ahora por teléfono... probablemente renunciarías a tu cargo. Hasta luego, inspector.

Se oyó el «clic» que cortaba la comunicación y Lyndon se encogió extrañamente de hombros, como si entendiera que su jefe había querido gastarle una broma.

Estaba en un bar retirado.

Fue al mostrador, terminó su café a pequeños sorbos, pensativo, y luego de pagar su consumición y anotar el gasto, abandonó el establecimiento.

* * *

Se trataba de una calle solitaria y oscura, con varios inmuebles destartalados.

Uno de ellos, el número 43, pertenecía a Robert Longe, el taxista que Lyndon Kerr andaba buscando.

Éste acababa de aparecer en dicha calle, descubriendo el automóvil parado junto a dicho inmueble.

No observó sin embargo, que un par de siniestros ojos acababan de descubrirle y vigilaban todos y cada uno de sus movimientos desde el interior de una de las ventanas.

Después de dirigirle un vistazo al coche, comprobando el número de patente —no se le ocurrió mirar en el asiento delantero, donde hubiera podido descubrir grandes manchas de sangre—, el inspector se dirigió hacia la casa.

Entendió que su investigación resultaría mucho más fácil y rápida si interrogaba directamente al dueño del taxi y no puso demasiadas precauciones en llamar.

No recibió respuesta. Insistió, con idéntico resultado.

Por primera vez, algo produjo dudas en el inspector, arrugando el entrecejo.

¿Por qué el comisario no habría querido advertirle de lo que estaba investigando?

Se fijó de pronto en la manilla de la puerta. La movió... comprobando que ésta no estaba cerrada.

La abrió.

El interior estaba a oscuras y parecía no haber nadie allí, no obstante, llamó:

— Señor Longe...

Tampoco recibió respuesta.

Pensó que quizá le hubiera sucedido algo desagradable al taxista y entró en la casa. Encendió la luz...

Su mirada se encontró entonces con un hombre, al fondo del *hall*, erguido y con un afilado cuchillo en la mano.

Fueron apenas un par de segundos en los que pudo haber reaccionado; pero el inspector se dejó prender por la fuerza extraña de aquellos diabólicos ojos, perdiendo de vista el cuchillo y quedando atrapado como un mosquito en la red de la araña.

Su mente le hizo sentir consciencia del peligro, aunque nada podía hacer por liberarse del imán poderoso de aquellos extraños ojos.

Gimió débilmente.

Luego, atraído y obligado, caminó hacia el hombre que había venido buscando.

Se detuvo a sólo un paso.

La mano de Robert Longe se movió de abajo arriba, introduciendo el cuchillo a fondo en el cuerpo del inspector.

Lyndon se estremeció unos instantes, se dobló luego... y cayó muerto al suelo sin él mismo poder averiguar cómo y por qué moría.

Robert Longe, el taxista, se movió entonces hacia el interruptor de la luz. Cortó el fluido y cerró la puerta, volviendo a quedar el interior de la vivienda a oscuras.

Luego, sin prisa, de una manera casi mecánica, arrastró el cadáver hacia uno de los cuartos interiores, se dirigió a la cocina, abandonó el ensangrentado cuchillo en el fregadero, regresó junto a la ventana desde la que espiara al policía, miró unos segundos fuera, hasta convencerse de que nadie más vendría a molestarle... y terminó saliendo de la casa.

Cerró la puerta con llave, montó en su auto y se alejó finalmente del oscuro callejón.

Minutos más tarde, conducía a toda velocidad fuera de la ciudad, en dirección a la costa y al pueblo de Altex...

* * *

—Jerry, ¿aún no tiene noticias de Lyndon?

—No, comisario. ¿Qué diablos está ocurriendo hoy en esta sección?

—Eso quisiera yo saber. Vamos, comuníqueme con este número.

—Sí, señor...

El comisario Tedd Harris volvió a encerrarse en su despacho y a los pocos segundos, su ayudante le pasaba la comunicación que le pidiera.

—¿Es usted, señor Belloc?

—Sí, comisario —le respondió la otra voz desde el extremo

opuesto del hilo—. Llevo toda la mañana esperando su llamada. ¿Han averiguado algo importante?

—¡Casi nada! —se lamentó el policía—. Sabemos que el taxista se llama Robert Longe y que vive en un barrio de las afueras.

—Pero... ¿no envió al inspector Lyndon a investigar acerca de él e interrogarle?

—Sí.

—¿Y...?

—El inspector aún no ha regresado y es ya mediodía.

Sucedió un instante de silencio. Al cabo, la voz de Alex se hizo mucho más reposada:

—¿Está pensando lo que yo, comisario?

—Dígame qué cosa se le ha metido en la cabeza.

—Que el inspector Lyndon no esté ya en condiciones de regresar.

—¡Qué!

—Me temo que el asunto es más grave de lo que yo mismo me había imaginado, comisario. Pero dígame, ¿para qué me ha llamado?

—Para pedirle que vuelva a este despacho. Deseo reconsiderar la cuestión más detenidamente.

—En unos minutos estaré con usted — respondió Alex—. Hasta ahora...

El comisario Tedd Harris se fue junto a una de las ventanas y perdió unos instantes su mirada en el exterior, en tanto encendía un cigarrillo.

Conocía la personalidad de Alex Belloc. Siempre le había considerado un hombre envidiable, trabajador y sensato, aunque le gustara vivir la vida, y no tenía motivos para dudar de sus palabras... aunque todo aquello que le contara pareciera poco menos que imposible y disparatado.

Pero después del tiempo que Lyndon llevaba fuera investigando sin llamarle, las dudas empezaban a morderle dentro... y no pensaba perder un solo minuto en averiguar lo que estaba ocurriendo.

Por su parte, Alex se dispuso a abandonar la agencia para dirigirse a la comisaría.

A su lado, Rock Hasner, uno de sus hombres más competentes, fotógrafo y publicista, amigo suyo además, parecía vivamente

intrigado.

—¿Descubrieron algo, Alex?

—Que no les he mentido —asintió Alex—. Y eso ya es mucho, para lo que interesa averiguar.

Rock había estado aquellas últimas horas en compañía de Alex, quien le explicó el extraño momento vivido y las circunstancias que rodeaban de misterio el asunto.

Habían hecho mil conjeturas y tratado de penetrar en el fondo del mismo, pero siempre llegaban a un mismo punto en que lo real se topaba con lo sobrenatural... y se veían desarmados de todo argumento y toda razón para continuar sus figuraciones.

Rock era un hombre hecho, de cuarenta y dos años, normal. Poseía una viva inteligencia y le costaba trabajo creer en las palabras de su amigo; pero conocía a Alex desde hacía muchos años, sabía que la mentira no entraba jamás en su manera de ser y se veía inclinado a aceptar los hechos... aunque interiormente considerara que todo resultaba desfigurado, que algo había confundido a Alex.

—¿Deseas que te acompañe?

—No. Iré yo solo. Pero te ruego una cosa, Rock. Habla con Nora para que te envíen almuerzo del restaurante y no te muevas de aquí hasta que yo regrese.

—Bien. Pero... ¿qué hacemos con las tomas del último detergente?

—El mundo puede esperar un día más a conocerlo, tiene de sobra con qué lavar sus ropas. No así lo que ahora me preocupa.

—Comprendo.

—Deseo que me esperes, Rock, hasta saber qué decide el comisario... y luego rogarte que me ayudes.

—No necesitas rogarme, Alex. Cuenta conmigo para lo que sea.

Alex respondió con una media sonrisa y terminó de abandonar el despacho, para dirigirse a la comisaría...

* * *

—Ahí está el domicilio —señaló el comisario Tedd Harris, en el solitario callejón, acompañado de Alex Belloc.

Ambos habían decidido averiguar personalmente lo que hubiera y

se habían trasladado hasta allí sin ninguna otra compañía.

—No está el auto —observó Alex.

—No. Lo que me hace sospechar que el individuo tampoco está en la casa.

—¿Qué piensa hacer?

—Entraré en el edificio de algún modo y registraré hasta el último rincón.

—¿Piensa que el taxista pueda estar comprometido en todo esto?

—Sé que no debo dejar de lado ninguna posibilidad, y eso me obliga a deslizarme en su interior. Usted vigile entre tanto.

—De acuerdo.

Inmediatamente el comisario buscó la parte posterior de la casa y desapareció en el interior de la vivienda por una de las ventanas que comunicaban con la parte baja.

Alex aguardó fuera, oculto en el hueco de un portal adyacente.

Minutos más tarde, el comisario regresaba pálido y desencajado, con el furor pintado en sus nidos ojos de sabueso.

—¿Qué ha encontrado, comisario? Por la cara que trae... sospecho que nada bueno.

—El inspector Lyndon está allá dentro... ¡muerto!

Alex comprendió y asintió penosamente.

—Algo de eso me temía —murmuró—. ¿Cómo sucedió?

—Tiene una profunda cuchillada en el pecho. Por la sangre que descubrí en el suelo, entiendo que fue sorprendido dentro de la casa, en el fondo del vestíbulo, y que luego arrastraron su cuerpo hasta uno de los dormitorios.

—Un trabajo brutal, ¿hum?

—Un asesinato sin el menor estilo — gruñó Tedd Harris—. ¡Malditos coyotes!

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Volvamos al auto y lo sabrá.

Ambos se alejaron de aquel lugar, regresando a una de las calles inmediatas y con algo de tránsito, donde el comisario había estacionado su auto.

Una vez en el interior del mismo, accionó la pequeña emisora de

radio y dio instrucciones a varios de sus hombres.

Alex comprendió de inmediato. Y se dijo a sí mismo que tal vez no estuviera de más ayudar a la policía.

—Se me ocurre una idea, comisario.

—Le escucho.

—¿Recuerda todo lo que le conté de mi cuñada Ruth?

—Sí...

—Me gustaría poder llegarle hasta Altex y ver qué averiguo.

—¿No será demasiado arriesgado para un hombre inexperto... y al que sin duda ya han dado por muerto, señor Belloc?

—Trataré de pasar lo más desapercibido posible. En un par de horas empezará a oscurecer, y de Ruth nada creo temer.

—Menos hubiera creído temer de su propio hermano...

—De cualquier modo, comisario, algo hay que hacer. Usted estará ocupado aquí, hasta que regrese el taxista.

—¿Piensa ir solo?

—No. Me acompañará mi amigo Rock Hasner.

El comisario dudó unos segundos. Pero terminó accediendo, sin saber a ciencia cierta por qué diablos aquel hombre le merecía la misma confianza que el más competente de sus agentes.

—¡De acuerdo, Alex! Pero no se expongan demasiado. Y si descubren algo que les haga sospechar, no se detengan a averiguar qué es, regresen de inmediato y ya nos encargaremos de investigar con más seguridad.

Alex asintió.

Abandonó el coche de policía y paró un taxi. Dio la dirección de su agencia y no tardó en volver a reunirse con su amigo.

—¡Vamos, Rock, tenemos un corto viaje!

—¿Un viaje? —se extrañó éste—. ¿Adonde?

—Al pueblo de Altex.

—¡Vaya! ¿Qué piensas descubrir allí?

—Aún no lo sé. Nos apostaremos cerca de la entrada, hasta que oscurezca, y luego haremos una visita.

—Bien. Pero dime qué diablos estuviste haciendo con el comisario

hasta ahora. Ya que me veo metido en este «fregado», justo es que conozca las cosas al detalle, ¿no?

—Conforme. Pero tendremos tiempo de hablar durante el camino.

—¿Acaso no piensas comer nada?

—No tengo apetito. Vámonos ya.

—¡De acuerdo! Te sigo...

Ambos amigos abandonaron el despacho, dejándole a Nora una nota con algunas instrucciones concernientes a la agencia...

5. TOCANDO EL MISTERIO

Anohecía, cuando la alargada figura del auto dobló la esquina del callejón, deteniéndose ante el sombrío edificio.

Era el taxi de Robert Longe.

Transcurrieron algunos segundos antes de que el taxista descendiera del auto. Luego, se dirigió al capó y lo abrió, sacando de su interior un brazado de algo que no se definía en la oscuridad, pero que parecía vegetal.

Lo era realmente.

Se trataba de... algas marinas.

Se dirigió con ellas a la entrada del edificio. Abrió la puerta sirviéndose de la llave y desapareció en el interior de la vivienda, sin preocuparse de volver a cerrar.

En el exterior, convenientemente apostados, varios policías habían espiado los movimientos del taxista con extraña curiosidad.

Y en el interior del inmueble, oculto junto a un viejo armario, el comisario Tedd Harris observó con idéntica extrañeza la presencia del taxista con aquel brazado de húmedas algas.

Longe se dirigió al interior de la cocina, se sentó en el suelo con las algas y, caso insólito, empezó a morder dichas plantas absorbiéndoles el jugo de manera extraña y desagradable.

El comisario, espiándole desde la oscuridad del vestíbulo, empezó a sentir náuseas, al tiempo que mil extrañas sospechas le asaltaron haciéndole figurarse igual número de descabelladas ideas.

Se deslizó subrepticamente hacia el interruptor y lo accionó súbitamente, llenándose la vivienda de luz.

El taxista abandonó con celeridad su postura, incorporándose con la mirada homicida.

Tedd Harris le apuntó con su pistola, amenazando:

— ¡Un solo movimiento y le lleno el cuerpo de balas!

Longe no hizo caso de su amenaza. Tomó el sangriento cuchillo del fregadero y comenzó a acercarse hacia el comisario.

Éste disparó su pistola varias veces consecutivas, convencido de las intenciones del homicida. Y sus balas alcanzaron al taxista de lleno;

pero Longe siguió avanzando como si nada hubiera sucedido, como si fuera invulnerable, inmune a las balas y a la misma suerte.

El comisario intentó disparar de nuevo... sin conseguirlo.

Los ojos del alucinado acababan de fijarse en los suyos, dominándole, encandilándole, impidiéndole toda acción, inmovilizándole.

El taxista siguió avanzando hacia él con su cuchillo. Le separaban únicamente unos pasos para darle muerte, como hiciera con el inspector Lyndon Kerr.

Tenía al comisario paralizado y a merced suya.

Pero los disparos de Tedd Harris habían advertido a sus policías, que sólo esperaban una señal suya para entrar en acción, y la puerta se abrió bruscamente apareciendo varios agentes armados.

El taxista se interrumpió unos segundos en su homicida avance, mirando con estupor a los demás policías.

Y fue al retirar sus ojos del comisario, cuando éste reaccionó, retirándose a un extremo del vestíbulo y llevándose las manos a la cabeza como si fuera presa del más atroz de los dolores, pero ajeno ya a la fatídica influencia del alucinado.

—¡Sujétenlo fuerte! —gritó a sus hombres—. ¡Es invulnerable a las balas!...

Los policías lograron desarmar e inmovilizar al taxista. Y cuando el comisario terminó de recuperar sus facultades, ordenó:

—Cúbranle los ojos con un pañuelo.

Había comprendido que allí radicaba toda su fuerza... y no quería que se le fuera de las manos el poder llegar hasta el fondo de aquel extraño caso.

Las algas continuaban en el suelo, con sorpresa de todos.

Pero el verdadero estupor de aquellos hombres era el comprobar la profunda cuchillada y los distintos balazos que presentaba el cuerpo del taxista... sin que éste pareciera acusar el efecto y dolor de los mismos.

Cada una de aquellas heridas podía significar la muerte de un hombre, por muy fuerte que fuera; y sin embargo..., no bastaban para diezmar apenas las fuerzas del taxista.

¿Ante qué extraño fenómeno o cosa sobrenatural se hallaban?

—Vamos, sáquenlo de aquí y condúzcanlo al hospital del doctor

Stevens. Usted, Hockyns y Laferty, ocúpense de llevar el cadáver del inspector Lyndon...

Dos minutos más tarde, los coches de la Policía — estacionados hasta el momento en otro de los callejones inmediatos —, alteraban el pulso de la ciudad con sus sirenas, al tiempo que circulaban a toda velocidad.

En uno de esos coches, el comisario Tedd Harris parecía profundamente silencioso e impresionado, preguntándose interiormente cuál era la «vida» que animaba a aquel cadáver.

Las afirmaciones de Alex Belloc respecto a su hermano Samuel, suicida enterrado públicamente hacía un mes y ahora «resucitado», demostraban no ser falsas ni descabelladas.

¿Qué extraño horror había venido a apoderarse del mundo?

* * *

Alex Belloc y su amigo Rock Hasner habían permanecido dos largas horas ocultos entre el follaje, esperando a que oscureciera, para determinarse a entrar en el sombrío pueblo de Altex.

Estaban a escasa distancia del mismo, en un recodo solitario, y habían ocultado el coche entre unas rocas, para estar seguros de que nadie advertiría su presencia.

—Ya empieza a anochecer, Alex.

—Sí. Esperemos unos minutos más.

—¿De veras piensas que tu cuñada Ruth vaya a ser el resorte de este extraño misterio?

—Te confieso que no lo sé, Rock. Resulta todo tan incomprensible...

Pocos minutos después, ambos hombres se movían subrepticamente hasta introducirse en el pueblo.

¡Altex parecía estar desierto!

—Todo esto no me huele nada bien, Rock. ¿Dónde diablos habrá ido a parar la gente de este pueblo?

—Vete a saber. Desde luego, parece que hubiera pasado la muerte por aquí barriendo toda alma viviente.

Siguieron moviéndose, terminando por llegar al domicilio de Ruth.

La puerta estaba abierta.

—Será mejor que no entres, Alex —susurró Rock en el oído de su jefe y amigo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Presiento que algo grave nos acecha. ¿Por qué no rodeamos la casa y tratamos de espiar su interior sin descubrirnos?

Alex comprendió que era lo más aconsejable, y accedió:

—De acuerdo...

Se movieron con las mismas precauciones y el mismo silencio, hasta situarse en la parte posterior del edificio.

Había varias ventanas, una de las cuales comunicaba con la cocina. Espiaron a través de los cristales... y lo que vieron les dejó estupefactos y helados.

Ruth estaba sentada en el suelo en medio de un montón de algas, masticándolas y extrayéndoles todo el jugo, como un animal hambriento.

—¡Santo Dios! —murmuró Alex, sobrecogido.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —murmuró Rock, igualmente impresionado.

—Lo ignoro. Pero... ¿te fijaste en su fisonomía?

—Sí. Una loca de atar no presentaría igual aspecto...

—¡Vámonos de aquí, Rock! Tenemos que avisar al comisario de inmediato. Cualquiera que sea el caso, la solución está en este pueblo.

Se alejaron los dos a toda prisa, aunque sin hacer el menor ruido. Pero cuando llegaron al auto, Rock sugirió:

—Oye, ¿no será mejor que vayas tú y me quede yo?

—¿Con qué objeto?

—Con el de vigilar el pueblo y ver si algo igualmente extraño sucede.

—No, Rock.

—¿Por qué no?

—Es demasiado arriesgado.

—No te preocupes, no me dejaré ver. Vamos, Alex, no seas simple. En sólo un par de horas estarás de regreso con la policía y para entonces tal vez pueda informaros de algo importante.

—Preferiría que me acompañases, Rock.

—No insistas. Nos encontraremos aquí mismo, ¿de acuerdo?

—¡Eres un cabeza plana y sé que no podré convencerte! Bien, pero prométeme una cosa.

—Tú dirás.

—Trata de ser consciente y no te dejes ver.

—¿Me tomas por un chiquillo? —sonrió Rock—. Anda, no pierdas más tiempo.

Muy a pesar suyo, Alex asintió y acabó por subir al auto alejándose camino de la ciudad.

Rock se quedó solo y pensativo. La verdad era que ni él mismo comprendía cómo había podido tener aquella estúpida idea. ¿Qué pensaba conseguir permaneciendo allí?

Era más de lo que arriesgaba que lo que podía descubrir.

Pero ya la cosa no tenía remedio, puesto que él mismo había forzado a Alex a alejarse solo.

* * *

El pueblo seguía estando desierto...

Rock se deslizó a lo largo de una de las callejas, hasta situarse de nuevo junto a la casa de la cuñada de Alex.

Poco después, volvía a estar espiando por la misma ventana...

Ruth seguía sentada en el suelo masticando algas. La mayoría de las plantas estaban chupadas y el extraño «banquete» parecía que tocaba a su fin, cuando advirtió una segunda figura que entraba en la cocina cargada con un nuevo montón de algas marinas.

El vegetal le ocultaba el rostro. Pero cuando dejó caer las plantas en el suelo, al lado mismo de la mujer. Rock pudo reconocer a Samuel, el hermano de su amigo Alex.

Un profundo escalofrío recorrió todo su cuerpo y hubo de hacer un gran esfuerzo para contener la exclamación que estuvo a punto de salir de sus labios y delatarle.

Parecían robots humanos, «zombies».

La oscuridad interior no era total, debido a la claridad lechosa que

penetraba a través de los cristales.

Rock apenas asomaba un trozo de cabeza por un ángulo de la ventana, sólo hasta donde alcanzaban sus ojos para ver lo que ocurría allí dentro.

Así, pudo descubrir que Samuel y su esposa no habían cruzado una sola palabra, ni un gesto, ni una mirada. Parecían seres mecánicos sujetos a una voluntad distinta, desfigurados físicamente y con una mirada encendida y horrible, donde parecía radicar toda su fuerza.

Después de dejar las algas en el suelo, a merced de, Ruth, que se cebó en ellas como en un manjar, todavía insatisfecha, Samuel abandonó la cocina.

Rock se dijo que sin duda pensaba ir a alguna otra parte y que sería interesante espiarle.

Se deslizó pegado a la pared, aguardó unos instantes y dobló la esquina del edificio.

Pero, cuando llegó a la parte frontal, allí no había nadie.

Pensó que o bien Samuel no había salido aún de la casa... o bien ya había desaparecido, alejándose en la oscuridad de la noche. Y... ¿adónde?

Desde luego, no pensaba arriesgarse a entrar ni investigar abiertamente en el pueblo.

Se limitó a esperar un rato más, por si aún veía salir a Samuel. Y al no ocurrir así, regresó a la parte posterior del edificio y siguió espionando a Ruth desde los cristales.

La mujer se hacía repulsiva y escalofriante en su trabajo de mascar algas. Algo que ni el cerebro más calenturiento hubiera podido llegar a imaginar de un humano, lo estaba presenciando él en aquel solitario y apartado rincón del mundo.

¿Qué diabólico enigma era aquél?

No pudo hacerse más preguntas, porque un ruido a sus espaldas le llevó a volverse rápidamente.

Un hombre acababa de surgir tras los setos de boj del patio y le miraba furiosa y amenazadoramente.

¡Era Samuel!

Rock se dio cuenta inmediatamente de que sin duda el hombre le había descubierto desde el interior de la cocina, cuando él les espiaba, y se había dado prisa en salir antes de que él lo viera, rodeando la

casa y situándose de modo que pudiera sorprenderle, como acababa de ocurrir.

Ante el temor de algo no imaginado, Rock sacó del bolsillo interior de su chaqueta una pequeña pistola. Era un arma del que siempre iba acompañado y que le había servido en más de una ocasión contra matones y delincuentes.

—¡Quieto, Sam! — advirtió —. Si me obligas, tendré que disparar. ¿No me recuerdas? Soy Rock, el amigo de tu hermano Alex...

Samuel no respondió.

Avanzó lentamente hacia el intruso.

Rock descubrió entonces en una de sus manos la afilada navaja con la que ya anteriormente asesinara al taxista Longe. Y comprendió que sólo había un medio de evitar que aquella hoja le llegara al corazón.

Apretó el gatillo un par de veces...

Las balas penetraron en el cuerpo de Samuel, pero no le causaron el menor efecto.

Siguió avanzando.

Rock abrió mucho los ojos, atónito ante aquella nueva revelación de aparente inmortalidad.

Y cuando quiso salir huyendo a toda prisa fustigado por el terror, resultó demasiado tarde...

Sus ojos habían quedado prendidos de la alucinante mirada de Samuel, sintiéndose inmovilizado, sin fuerzas, petrificado.

Gimió débilmente, ya que ni voz tenía para gritar, viendo cómo el alucinado avanzaba hacia él con aquella horrible navaja.

Samuel se detuvo a sólo un paso. Dejó transcurrir unos segundos... y luego asestó aquel golpe fatal y definitivo que llevó toda la hoja del arma al interior del corazón de su víctima.

Rock se desplomó en el suelo sin un solo gemido, ¡muerto!

La ventana de la casa se había abierto. Y en el hueco de la misma, arrollándole un líquido verdoso por las comisuras: el jugo de algas, Ruth observaba impasible aquella escena.

Una sonrisa diabólica pareció desfigurar sus facciones. No le costó ni el más leve comentario, si bien sus ojos odiaban fijamente el cuerpo del intruso que había venido a turbar su placer.

Tanto ella como Samuel permanecieron un buen rato expectantes, hasta que Otra figura apareció en el lugar, atraída sin duda por los disparos de Rock Hasner.

Era el extraño hombre de la caja de plástico con los especímenes semejantes a acalefos marinos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Estaba espíándonos — respondió Samuel con voz lúgubre e impersonal.

—¿Sabes quién es?

—Se llama Rock Hasner y dijo ser amigo de Alex Belloc.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—¡Bien! Tengo la impresión de que podrá sernos muy útil...

Inmediatamente, se acercó al muerto y dejó caer sobre su cadáver uno de los especímenes de la caja plástica.

Pocos segundos después, Rock se incorporaba como si hubiera vuelto a la vida, guardaba la pistola que se le había caído al suelo e, igual de transfigurado que los otros tres personajes que le rodeaban, se limitó a sonreír extrañamente, alejándose.

Una hora más tarde, el mismo Rock detenía un auto a varios kilómetros de Altex. El conductor se había prestado a ayudarle sin sospechar lo grave de su decisión.

Se encontró con un balazo en la cabeza que le dejó muerto en el asiento.

Tras arrojar el cadáver entre unos arbustos de la cuneta. Rock se hizo dueño del auto y se alejó a toda prisa hacia la ciudad.

Sin que el extraño hombre de la caja plástica le hablara para nada ni le diera instrucciones, él ya sabía cuál sería en adelante su cometido...

6. A UN PASO DE LA VERDAD

El taxista Robert Longe fue introducido en una de las salas del hospital, donde sería estudiado por el doctor Stevens, famoso investigador y preeminente cirujano.

El cuerpo del taxista quedó sujeto a uno de los quirófanos, mientras el comisario Ted Harris, Alex Belloc, que acababa de regresar de Altex y comunicado sus averiguaciones, y el doctor Stevens entraban en el despacho de este último para deliberar sobre el particular.

Dos policías armados habían quedado guardando la entrada de la sala. También había policías en los pasillos, en el vestíbulo del hospital y en los distintos accesos al edificio.

Después de las distintas manifestaciones hechas por Alex y el comisario, el doctor Stevens, un tanto confundido, manifestó:

—De una cosa estoy plenamente convencido, señores. Y es que nadie con una puñalada en el corazón y varios tiros graves en el cuerpo podría mantenerse en pie como ese hombre... a menos que se trate de algo verdaderamente sobrenatural.

—Usted mismo ha podido comprobarlo, doctor.

—Sí. Y me aterra pensar contra qué podemos estar luchando. ¿Dice usted, señor Belloc, que su cuñada Ruth había sufrido la misma transfiguración que su hermano Samuel y el taxista... y que se hallaba sentada en el suelo masticando algas?

—Así es, doctor. Y pienso que la verdadera respuesta a todas nuestras preocupaciones y preguntas está precisamente en Altex.

—Tal vez tengamos esa respuesta mucho más cerca — objetó el doctor.

—¿Se refiere al cuerpo del taxista?

—Ajá. Pero antes de proceder a la autopsia de ese cuerpo...

—¿Ha dicho usted... proceder a la autopsia, doctor? — pareció escandalizarse el comisario.

—Exactamente, comisario. ¿Tiene alguna objeción?

—Bueno..., la verdad es que ese hombre no está muerto.

—Hay unas heridas mortales que demuestran, sin lugar a dudas, que lo que no puede estar es vivo.

—¿Qué le hace moverse, hablar y pelear, pues?

—Desde luego, no lo sé. Pero no son funciones humanas las de ese cuerpo.

—¿Acaso trata de decir... que estamos ante algo verdaderamente sobrenatural?

—Sólo hay una forma de averiguarlo, comisario, y es haciendo su autopsia.

—Lamento tener que negarme, doctor.

—Hágalo. Pero piense que perderá usted la ocasión de descubrir algo que puede, que demuestra ser, una amenaza para la humanidad. No es un «zombi» lo que tenemos ante nosotros.

—¿Qué diablos está sospechando?

—En algo extraterrestre.

—¡Qué!

—No quisiera equivocarme. Pero, después de meditar las circunstancias, me temo que la versión de algunos de los lugareños de Altex respecto al «ovni» reluciente que afirmaron ver entre los oscuros gases que nublaron aquella zona de la costa, no fue simple imaginación ni fantasía.

—Concretamente, doctor: ¿sospecha usted que estamos siendo invadidos por seres de otro planeta?

—No conozco ninguna otra explicación.

—¡Asombroso!

Intervino entonces Alex, igualmente impresionado:

—Entonces, ¿por qué no avisar a las autoridades competentes?

—Háganlo y les tomarán por locos. Nuestras autoridades harían caso omiso..., a menos que les presentásemos pruebas concretas y fehacientes del caso.

—Y la prueba la tenemos en el taxista, ¿no es eso lo que trata de indicar, doctor? —preguntó el comisario.

—Exactamente. Y, desde luego, suya es la decisión. Ha de decidirse o esperar a que esa prueba desaparezca... y todos nosotros tras ella.

—¿Sin dar conocimiento del caso?

—De inmediato, comisario. En este hospital está el doctor Strange, profesor en bacteriología. Si usted da su consentimiento para proceder a la disección de ese cuerpo, le demostraré que esta poseído por un ente ajeno a toda anatomía terrestre. Y con ese ente en poder nuestro, tras un estudio preliminar del mismo, el profesor Strange apoyará cualquier afirmación nuestra ante las autoridades superiores... y bastará esta evidencia para alertar a todos los países de la Tierra.

Tedd Harris, aplastado por la tremenda responsabilidad, guardó silencio unos instantes, sin atreverse a decidirse.

Miró a Alex, preguntando:

—¿Usted qué opina, señor Belloc?

—Pienso, como el doctor, que no es cuestión de perder tiempo.

—¿Aun a costa de abrir en vida a un ser humano?

—No puede ser un ser humano con el corazón partido por una profunda cuchillada y varios disparos graves en el cuerpo —insistió el cirujano.

El comisario sacudió la cabeza afirmativamente, respondiendo:

—¡De acuerdo, doctor! ¡Adelante con ello!

—Avisaré antes al profesor Strange...

Ya se disponía el doctor Stevens a tomar el teléfono, cuando les inmovilizó un extraño alarido: un chillido infrahumano, como el de un animal sacrificado...

Luego, todos a una, abandonaron el despacho y salieron al pasillo. Se encontraron con los dos policías que guardaban la entrada de la sala donde habían encerrado al prisionero.

Estaban nerviosos, aunque sin decidirse a nada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el comisario.

—No lo sabemos, señor —respondió uno de los policías.

—Fue aquí dentro —corroboró el otro.

El comisario y sus acompañantes se lanzaron en tromba hacia el interior de la sala...

* * *

En la solitaria sala, el cuerpo del taxista Robert Longe permanecía

sujeto a las correas del quirófano.

Transcurridos algunos minutos, la especie de acalefo introducido en la anatomía del taxista abandonó su cuerpo por el hueco de la boca, escurriéndose luego por el quirófano hasta el suelo.

El extraño ente se deslizó por el suelo, viscoso y transparente, palpitante, hasta llegar a una de las paredes que hacían de mesa, donde se multiplicaban infinidad de aparatos, casi todos de laboratorio, varios infiernillos y una mufla en ignición.

Ascendió hasta la misma mesa y se movió entre todos aquellos objetos, hasta situarse frente a la mufla.

Durante unos segundos, el ente permaneció quieto. Y de pronto, hinchándose y volviéndose de un color fuego acentuado, pareció que iba a estallar.

La escotilla de la mufla, como obedeciendo a un poder superior, se abrió bruscamente, dejando ver el fuego de su interior.

El ente volvió a arrastrarse, introduciéndose en aquel fuego.

Nuevamente se hinchó como un balón de plástico, al tiempo que un alarido extraño y bestial partía del interior de la mufla, como un gemido lanzado por un animal moribundo... hasta que el acalefo reventó y todo pereció con las llamas.

Unos segundos más tarde, la puerta de la sala se abrió y aparecían en su interior el comisario, Alex Belloc, el doctor Stevens y los dos policías.

Se acercaron al cuerpo del taxista.

El doctor retiró el pañuelo que cubría sus ojos... y todos ellos se encontraron con que estaban vidriados por la muerte. También observaron que olía mal, un olor fétido y penetrante, propio de un cadáver descompuesto.

—Está... muerto —murmuró el comisario.

—Ya lo estaba cuando lo trajeron a este hospital —asintió el doctor Stevens.

—Pero, ¿cómo se explica lo sucedido, doctor?

Ya el cirujano había reparado en la mufla abierta. La señaló y dijo:

—Parecía increíble, pero es la pura realidad. El ente radicado en este cuerpo se dio cuenta del peligro, supo que íbamos a descubrirle... y prefirió sacrificarse por bien de la empresa que trae a sus congéneres.

—¿Sacrificarse, ha dicho? ¿Dónde?

—En aquella mufla. Siempre permanece cerrada... y ahora está abierta. Eso lo explica todo. El ente abandonó el cuerpo de este hombre, se deslizó hasta ella y se introdujo dentro...

—¿Quiere decir... que se suicidó?

—Exactamente, comisario; en favor de los de su misma especie. Algo que los humanos tardaríamos probablemente en comprender.

—¡Bien! ¿Y qué haremos ahora, doctor?

—Necesitamos otro... «poseído».

—Tengo una idea —terció Alex—. ¿Por qué no ir hasta Altex y apoderarnos de Ruth... o de mi hermano?

—Va a ser difícil —dudó el comisario—. Sin duda estarán advertidos.

—De todos modos, he de ir hasta allá...

—¿Por qué razón? —le miró el comisario.

—¿Recuerda que le dije que mi amigo Rock estaba allá, esperando?

—Sí, es cierto. Sin embargo..., doctor, ¿no cree que es el momento de poner esto en conocimiento de las autoridades?

—Opino que no, comisario —negó Stevens—. Pero es usted a quien corresponde tomar las decisiones.

Entró una enfermera en la sala, diciendo:

—Señor Belloc.

—Diga —se volvió Alex.

—Le llaman al teléfono.

—Nadie sabe que pueda estar aquí... ¿Dijo quién era?

—Rock Hasner, su amigo.

La perplejidad que Alex demostró se transmitió al comisario Harris y al doctor Stevens.

—¿No acaba de decir que se había quedado en Altex? —interrogó éste.

—Sí. Quedamos de volver a encontrarnos allí en un par de horas... y no ha transcurrido más que hora y cuarto desde que le dejé. ¡Sí que es extraño!

—¿Extraño ha dicho? —murmuró el comisario—. Señor Belloc, ¿por qué no se decide a pensar lo mismo que yo?

—No. le entiendo...

—Usted y su amigo estuvieron en Altex. Hablaron sobre lo que podía suceder si aprehendíamos al taxista, seguros de que lo traeríamos a este hospital. Ahora Rock Hasner está en la ciudad, en lugar de esperarle en el lugar convenido.

—¿Quiere decir...?

—Que pudo ser atacado por cualquiera de los «poseídos» de Altex... y que ahora tal vez es él uno más, otro «poseído».

—Si así fuera —dijo el doctor Stevens—, habría que- apresarle... y bastaría conducirlo a esta misma sala para llegar a las conclusiones que deseamos.

—Hablaré antes con él —decidió Alex—. ¿Hay un teléfono en esta sala al que puedan pasar la comunicación?

—Sí —asintió el cirujano, volviéndose luego hacia la enfermera—. ¿Le importa comunicarnos?

—De inmediato.

La enfermera abandonó la sala.

Pocos segundos después, el propio Alex escuchaba la voz de su amigo a través del hilo.

Respondió:

—Sí, Rock, yo soy. ¿Desde dónde me llamas?

—Desde mi domicilio. Necesito verte de inmediato.

—¿No quedamos en que me esperarías a la entrada de Altex?

—Hubo novedades... y he tenido que regresar a toda prisa. Necesito hablar contigo cuanto antes. Te espero.

—Bien. Pero...

Alex no siguió hablando. Rock había cortado la comunicación.

Se volvió hacia sus acompañantes impresionado y con la palidez de la muerte en su rostro.

—¿Y bien? —preguntó el comisario, impaciente.

—No es el mismo. Su voz se ha hecho grave y sus palabras no responden a su manera de ser. Pienso que si hubiera habido algo importante, Rock hubiera venido personalmente a este hospital para

comunicármelo, en lugar de llamar por teléfono. Creo... creo que su sospecha se ha hecho cierta, comisario.

—Lo siento, señor Belloc. Pero hemos de proceder... y usted habrá de facilitarnos las cosas.

Alex sacudió la cabeza pesarosa y afirmativamente.

Luego, decidieron cómo obrar...

7. LOS PROTOZOOS

Rock Hasner permanecía en su piso de soltero, caprichosamente decorado.

Se trataba de un edificio de gran altura y estaba situado en la planta cuarenta y siete.

Desde los cristales de una de las ventanas, la ahora extraña figura del hombre atisbaba el exterior con ojos brillantes y diabólicos, de verdadero «alucinado».

A pesar de la enorme altura, aquellas pupilas extrañas y penetrantes, supieron reconocer el coche de Alex Belloc. Y también al hombre, cuando éste descendió solo del mismo y se dirigió con aparente normalidad al interior del edificio.

Todavía permaneció allí un rato sin moverse. Luego, con la cautela de los «poseídos», se retiró hacia el interior de la estancia y pasó al vestíbulo, donde se dispuso a esperar a Alex.

De haber tardado sólo unos cuantos segundos más, hubiera podido advertir la llegada de otros coches que se estacionaron en los accesos del importante rascacielos, buscando las partes menos iluminadas de la calle.

Eran los coches de la Policía.

Ni siquiera pudo imaginar, a pesar del enorme poder de radiación y percepción del ente que lo gobernaba, lo que estaba sucediendo en el vestíbulo del edificio.

Alex había esperado a reunirse con el comisario y varios de sus hombres, como planearan.

—¿Listo, señor Belloc?

Alex asintió. Y dijo:

—Esperemos que no se haya apercebido de su llegada.

—Confiemos en ello.

Inmediatamente, Alex pasó al interior de uno de los ascensores, ocupando los restantes toda la brigada de policía, después de advertir e imponer silencio a todas aquellas personas que se movían en el interior bajo del edificio, a pesar de la hora.

El ascensor de Alex llegó a la planta cuarenta y siete. Los otros ocupados por los agentes de policía, se detuvieron en la inferior y

superior inmediatas, deslizándose todos ellos fuera de los mismos y buscando las escaleras que conducían a la indicada.

Ni el propio Alex advirtió la presencia de los policías, aunque sabía perfectamente que todos ellos vigilaban sus pasos, seguros de que pronto estaría en peligro... y no era cuestión de arriesgarse demasiado después de dejarse atrapar en la horrible mirada del «alucinado».

Alex llegó ante la puerta conocida del piso de su amigo y pulsó el timbre de entrada. Sonaron en el interior unas notas de carillón. Luego, transcurridos algunos segundos, la puerta se abrió... apareciendo Rock Hasner.

No se había equivocado Alex al considerarle «poseído». Estaba horriblemente cambiado, como su hermano Samuel, como su cuñada Ruth y también como el taxista Longe.

Para más detalle, pudo apreciar la enorme mancha de sangre que cubría sus ropas. Todavía se advertía la profunda herida abierta en el pecho, sobre el corazón.

—Hola, Rock...

—Pasa.

—No hace falta. Dime sólo qué sucede.

—¡Pasa! ¡Te lo ordeno!

Alex se sintió atrapado una vez más en el imán de unos ojos alucinantes y terribles que restaban voluntad y obligaban a obedecer.

Pero algo sucedió que cambió las cosas...

El comisario Tedd Harris se había echado hacia delante. Rock lo descubrió... y olvidó a Alex, que se retiró con las manos en la cabeza, retorciéndose de dolor, para dirigirse hacia una de las ventanas.

La abrió con intención de lanzarse al vacío.

Ya los policías se habían movido empujados por las órdenes del comisario.

—¡Sujétenlo! —gritó éste de nuevo, cuando vio que el «poseído» iba a saltar por la ventana.

No lo logró, pues varias manos lo atraparon en el último instante. Y pocos segundos después, inmovilizado y cubiertos los ojos con un pañuelo, Rock Hasner era sacado de la vivienda y conducido a uno de los coches de policía, estrechamente vigilado.

Se dirigieron con él al hospital del doctor Stevens...

Delante del cuerpo atado y vendados los ojos de Rock Hasner, estaban ahora seis hombres, en el interior de la misma sala donde encerraran horas antes al taxista «poseído».

Eran éstos el comisario Tedd Harris, Alex Belloc, el doctor Stevens, el profesor Strange y dos policías más.

El profesor Strange, que ya había tenido una larga charla con el cirujano Stevens, después de un rápido examen de aquel cuerpo, se expresó claramente:

—Sospecho, como mi colega, el señor Stevens, que se trata de un cadáver poseído por un ente de insólita radicación. Me inclino por una especie de protozoo gigante y de cuyo origen... nada sabría explicar, al menos por el momento. Habría que estudiarlo...

—Profesor, ya he accedido a la sugerencia del doctor Stevens — hizo notar el comisario—. Pueden proceder ustedes como convenga con ese cuerpo, aunque deban descuartizarlo. Sé que está muerto.

—No se trata de eso únicamente, comisario.

—¿Entonces?

—Si descuartizamos el cuerpo, probablemente destruiremos la anatomía del protozoo.

—¿Qué sugiere, pues?

—No cabe duda de que dicho ente posee poderes y cualidades insólitos a los que no han llegado nuestras mentes. De intelecto superdesarrollado, capaz de pensar en el tiempo y en las cosas y de imponer su voluntad, pero constreñido a su propia naturaleza, no tendría que sorprendernos ese poder hipnótico que le permite adueñarse de las demás mentes: casi podría considerarse a ese ente como «un ser humano» relacionado con un plano, tiempo o dimensión distintos a los de la tierra, lo que supondría aceptar un ser extraterrestre.

»La forma de arribo a la Tierra de estos entes ya sería más problemática; pero, una vez aquí, logrando apoderarse de los sentidos de las personas, tales entes tendrían pleno, dominio sobre la naturaleza humana en que se radican —como puede comprobarse en éste y en los demás cadáveres conocidos—, alimentándose luego del protoplasma de algas.

«Bien. Llegamos a lo esencial, y es lo siguiente: basándonos en las pruebas de dichas algas y en lo que parecen representar como alimento dé tales criaturas, sugiero la conveniencia de administrar un protoplasma contaminado a este cuerpo, con el objeto de envenenar al

ente... y estudiarlo luego a fondo.

—¿No sería preferible capturarlo vivo, profesor?

—Dudo mucho que lo lográsemos, comisario.

—¿Por qué?

—Un ente de tal naturaleza, con semejantes poderes, se autodestruiría en el instante menos esperado. Y de todos modos, para estudiar su anatomía no es imprescindible que esté vivo.

—Profesor — se adelantó Alex —, ¿no cree que, tal vez, ese... ente, o como quiera llamarlo, esté escuchando toda nuestra conversación?

—No, señor Belloc.

—¿Cómo puede afirmarlo?

—Está agazapado. Lo explica el hecho de que su amigo parezca ahora realmente muerto. Su principal poder radica en los ojos. Su arma es el hipnotismo. Parece carecer de oídos.

—Yo he hablado con... él por teléfono, ¿lo ha olvidado?

—No. Lo que indica que sus ojos no conocen distancia ni obstáculo. También escuchó en su cerebro la voz de su hermano Samuel, cuando le obligó a lanzarse a las vías del Metro, como por telepatía; pero... mirándole fijamente desde el otro andén.

—Conforme. Pero si no existen las paredes, los edificios ni la distancia como obstáculos para los ojos de un muerto poseídos por esa extraña criatura, ¿qué le hace creer que basta esa venda para impedirle observarnos ahora?

—Esto...

El profesor abrió una de sus manos, que había mantenido todo el tiempo cerrada, y lo que contenía en ella hizo a todos poner casa de asco y de sobresalto.

¡Eran los ojos muertos de Rock Hasner!

—¿Cuándo se los arrancó? —preguntó Alex, pálido como el mármol.

—Al poco de observarle, mientras ustedes hablaban, consciente ya del peligro que estos ojos significaban.

—Entiendo...

—¿Y bien, comisario? —miró ahora el profesor al policía.

—Procedan ustedes, señores — asintió éste.

Enviaron a buscar varias de las algas que encontraran en la casa del taxista. Las maceraron, hasta llenar un vaso de protoplasmas. Luego, el profesor procedió a contaminar el jugo con un veneno muy activo en disolución... y se lo administraron al cuerpo de Rock por vía oral.

Transcurrieron unos cuantos segundos, antes de que aquel cuerpo empezara a estremecerse. Se agitó, se convulsionó, retorciéndose de forma indescriptible, mientras de sus labios surgían unos gemidos guturales e infrahumanos.

De pronto, sucedió el definitivo estertor junto con un alarido horripilante... y quedó completamente inmóvil.

Ahora todo consistía en diseccionar aquel cadáver, hallar el cadáver del ente radicado en su interior, estudiar su anatomía... y luego pensar en la forma de combatir a sus congéneres.

Así lo expresó el profesor Strange, mirando al doctor Stevens, al comisario y a Alex.

Éste respondió:

—De acuerdo, profesor. Pero... ¿cuánto tiempo les llevará ese trabajo?

—No lo sé. Horas... o tal vez días.

—No podemos estar mano sobre mano entretanto. Hay dos cosas importantes: primera, sabemos que el fuego y el veneno los destruyen, y segunda, que el foco de estas infernales criaturas se halla en Altex.

—Correcto.

—Bien. Pienso que mientras ustedes estudian el cadáver del ente y preparan varios litros de protoplasma de alga contaminados, nosotros podemos trasladarnos a Altex para investigar a fondo a los demás poseídos, y si no investigarlos, por lo menos espiarlos.

—Me parece una buena idea, señor Belloc.

—Comisario — se volvió Alex al policía —, ¿puede procurarse varios equipos de lanzallamas?

—¿Para qué?

—Para cubrir un área de acción y emplearlos contra entes y «poseídos», si llegara el caso. Podrían descubrirnos y acabar con todos nosotros por medio de su poder hipnótico.

—Conseguiré esos lanzallamas, señor Belloc — asintió el comisario,

—Bien. Entonces, no perdamos más tiempo...

* * *

Varias unidades móviles de la policía arribaron al pueblo de Altex, desplazándose una veintena de policías, equipados con trajes de amianto y llevando sobre sus espaldas los equipos lanzallamas.

El pueblo aparecía completamente desierto.

Eran poco más de las cuatro de la madrugada y ni una sola alma transitaba ni parecía respirar entre aquellas sombrías y espectrales paredes.

Los edificios semejaban tumbas de un mundo fantasmagórico.

Alex y el comisario, acompañados de varios policías más, registraron el interior de todas aquellas casas, encontrando en ellas enormes montones de algas masticadas, pero ni una sola persona.

—¿Dónde pueden estar? —gruñó Tedd Harris.

—Tenemos que averiguarlo, comisario, no sea que la trampa se cierre sobre todos nosotros.

—¿Cree que hayan advertido nuestra llegada, señor Belloc?

—No lo sé. Pero si sus poderes hipnóticos son tan grandes como ha dicho el profesor, no sería nada de extrañar que así fuera y que ahora seamos nosotros los que estamos siendo vigilados.

—El profesor debió de exagerar, ¿no cree?

—Tal vez. Aún no había estudiado al ente y sus palabras eran conjeturas. Pero, de cualquier modo...

—¡Alex!

Aquella voz había interrumpido a Alex en sus palabras. Y había sido una voz de mujer.

—¿Ha oído, comisario?

—Sí...

—Era una voz de mujer, si no me equivoco.

—Y procedía de aquel lado.

El comisario apuntaba hacia la vieja iglesia anglicana.

Fue en ese mismo instante que descubrieron la figura de una joven

en una de las ventanas.

Se dirigieron hacia allá.

La mujer salió al encuentro de ambos hombres, seguidos éstos a distancia por media docena de policías.

Estaba asustada, aterrorizada más bien; pero sus ojos presentaban una alegría inusitada, como si acabara de ver mundo.

—¡Alex, el cielo te trae!

—¡Susan!

Había un brillo especial en los ojos del hombre.

Se abrazaron fuertemente, ella como si acabara de encontrar un firme asidero en un mar de tempestad.

El comisario los miró confundido. No había visto jamás a aquella joven ni sabía que existiese.

—¿Ustedes dos... se conocen?

—Sí, comisario. Le presento a Susan Worth, la sobrina del reverendo Worth. Nos conocimos en este mismo pueblo, cuando yo tenía veinte años y ella sólo diez. Había venido con sus padres a visitar a su tío, el reverendo, y nos enamorarnos infantilmente. Volvimos a vernos varios años más tarde y nos enamoramos de nuevo... Pero los padres de Susan se opusieron a nuestros sentimientos. Y después de varios años más... volvemos a encontrarnos en la más rara e insólita de las circunstancias. ¿Qué haces aquí, Susan?

—¡He sufrido horriblemente durante varios días! Pero entremos en la iglesia y os lo explicaré...

Entraron en el edificio.

Se acomodaron en uno de los bancos.

—¿Y bien, Susan? Te escuchamos.

La joven asintió. Todavía estaba bajo los efectos de su gran nerviosismo, atemorizada.

Y empezó a explicar:

—Mis padres han muerto. Primero mi padre y luego mi madre, Alex. No voy a contarte ahora cómo ocurrió. Pero el caso es que decidí venir a Altex con mi tío. Confieso que el principal propósito consistía en que podría volver a encontrarte...

—Continúa, Susan.

—Hice el viaje en avión y luego tomé un taxi hasta aquí. Me

sorprendió encontrar el pueblo completamente vacío. ¿Dónde estaban sus habitantes?, me pregunté.

»Era de noche y quise imaginar que estarían en el interior de esta iglesia, reunidos quizá en una de esas conferencias con las que mi tío solía convencerles para que expulsaran sus odios y resentimientos y olvidaran sus rencillas personales. Pero también la iglesia estaba vacía, y eso me asustó.

»Pasé a la vivienda, llamando a mi tío a voz en grito y... —Susan se llevó un momento las manos a los labios, temblorosa— lo hallé muerto en su propia cama.

—¿Aún sigue allí? —preguntó Alex.

—Sí. Comprendí que no debía hacer nada...

—¿Por qué, Susan?

—Buscando entre las cosas de mi tío, hallé unas hojas de papel escritas de su puño y letra, en las que explicaba un sinfín de horribles cosas a las que me costaba trabajo dar crédito. Se trataba de... algas, espíritus que habían vuelto a la Tierra y se habían posesionado de los habitantes de Altex...

»Al principio no pude dar crédito a todo eso. Pensé que mi tío había estado desvariando, que alguna mala calentura le había llevado a escribir semejantes absurdos. Pero, luego, fui reparando en el vacío de este pueblo, vi algas por todas partes y comprendí que no resultaba tan descabellado lo escrito.

»Pensé en huir, en ir andando hasta la ciudad y poner el asunto en conocimiento de la policía. Pero en ese mismo instante descubrí varias filas de hombres y mujeres, incluso niños, que caminaban y se adentraban en el pueblo, separándose y entrando en sus casas. Aunque estaban transfigurados, extrañamente rígidos, pude reconocer a algunas de esas personas. Además, todas y cada una de ellas portaban consigo enormes montones de algas marinas.

—Ellos... ¿la vieron a usted, señorita?

—No, comisario. El miedo me había obligado a permanecer oculta tras una de las ventanas.

—¿Qué hizo usted luego?

—Seguir oculta. Un miedo horrible se posesionó de mí y traté por todos los medios de no dejarme ver. En ningún momento tuve el valor necesario para abandonar el pueblo. Esperaba que apareciera alguien en cualquier momento y que pusiera fin a esta pesadilla, como imagino que ahora acaba de suceder.

—Sí, Susan; así será, cálmate. Pero dime: ¿de qué murió tu tío, el reverendo Worth?

—Descubrí que tenía una profunda cuchillada en el corazón. ¡Lo asesinaron!

—¡Vaya! —murmuró el comisario—. Y a él no le «resucitaron». Por lo que se ve, no quieren utilizar a los siervos del Señor. Me imagino, señorita, que debe de estar en... muy desagradables condiciones.

—Sí, comisario. Ya ni yo misma puedo ni me atrevo a entrar en la casa... Por otro lado, cuando veo que alguien se aproxima, corro a ocultarme en el interior del órgano. Es el lugar más seguro. Yo solía esconderme allí cuando era niña y jugábamos...

—Entiendo. Y eso quiere decir que, de vez en cuando, alguno de esos «zombies», por llamarlos de algún modo, vienen a husmear por aquí, ¿no?

—Cada día, así es.

—Y... ¿de qué se ha estado alimentando usted?

—Hay un supermercado lleno de cosas comestibles, comisario. Dado que ellos sólo se alimentan de algas, lo que sobran son alimentos. Los tomo cuando ellos se van...

—¿Quiere decir que se van cada noche?

—Sí. No descansan, no duermen nunca; sólo se mueven o desaparecen, traen algas y se sientan a masticarlas. Los observo a distancia y me pregunto cuál es el horroroso fin de todo eso.

—¿Y hacia dónde se dirigen, cuando desaparecen?

—Pienso que van al mar, ya que toman el camino de la costa y siempre regresan cargados de algas.

—Y en estas tres noches, señorita Susan, sabiendo que quedaba sola, ¿nunca se sintió asistida del valor necesario para salir huyendo?

—Sí, comisario. Fueron muchas las veces que me vi movida a intentarlo. Pero casi siempre he visto a alguno de esos demonios alucinados como vigilando, dando vueltas por el pueblo. Y la verdad, el miedo fue superior a la voluntad del deseo.

—Comprendo...

—Pienso que es ésta la primera noche en que el pueblo ha quedado verdaderamente desierto. Ya estaba pensando en la forma de deslizarme fuera de él y huir hacia la ciudad, cuando descubrí varias

sombras... Eran ustedes. Reconocí a Alex... y vi el cielo abierto.

—No te preocupes, Susan. Pronto pasará todo, te lo aseguré — la tranquilizó Alex —. Pero, dínos, ¿no se te ocurrió acudir al comisario de policía de esta localidad? Tú le conoces y él a ti.

Susan sonrió un poco amargamente. Y dijo:

—John Toomey ha sido siempre un buen hombre, Alex. Y sí he pensado en eso que me has dicho. Hubo un momento en que le vi cerca de la iglesia y pensé en llamarle... pero tuve un presentimiento y no lo hice. Luego, comprobé que hubiera cometido una locura.

—¿Por qué?

—El comisario Toomey tampoco es el mismo hombre. He podido observarle muy de cerca, sin que él advirtiera mi presencia. No voy a decir que sea una especie de «zombie», como los otros; pero... su comportamiento, su fisonomía y expresión... resultan igualmente extraños y sospechosos. Es completamente opuesto en todo: su forma de hablar, sus rasgos físicos desfigurados, su rara forma de mirar, su inhibición y otras muchas cosas más... parecen indicar que no está muerto, como los demás, pero sí «poseído» por algún mal diabólico. Siempre lleva consigo una especie de caja de plástico o cosa parecida, como si guardara en ella el secreto que mueve a los demás hombres de este pueblo...

—Está bien, señorita Worth —habló el comisario—. No se imagina usted hasta qué punto acaba de sernos útil. Pero no podemos ni debemos perder más tiempo aquí, hablando. Señor Belloc...

—Diga, comisario.

—¿Está dispuesto a seguir jugándose la vida en esta extraña aventura?

—Jamás le perdonaría el que me excluyera de ella —afirmó Alex seriamente—. ¿De qué se trata?

—Deseo que mis hombres abandonen el pueblo, que no les descubran. Permanecerán alejados. Sólo usted y yo nos quedaremos, para espiar a toda esa legión de cadáveres «poseídos».

—Cuente conmigo, comisario.

—Alex... —le miró Susan temerosa y suplicante.

Él la acarició, mirándola fijamente a los ojos.

—Hemos tardado en volver a encontrarnos, cariño. Pero ahora nada va a poder separarnos, te lo aseguro. Confía en mí.

Los ojos de la joven se alegraron, llenándose de confianza.

—Sí, Alex.

El comisario se dirigió entonces a los policías, diciendo:

—Ustedes, llévense a la señorita Worth donde pueda estar segura y transmítanle esta orden al sargento Presley: quiero que toda la brigada, incluidos los agentes equipados con lanzallamas, abandonen el pueblo y se sitúen de forma conveniente que puedan considerarlo acordonado. La única parte del área que dejarán libre, será la costa.

—¿La costa precisamente, señor? —se extrañó uno de los policías.

—Eso he dicho — asintió el comisario, firme en su propósito—. No quiero que nuestros enemigos puedan llegar a advertir nuestra presencia. El señor Belloc y yo nos ocuparemos de vigilar la costa y descubrir lo que allí sucede. Si dentro de tres horas no hemos regresado... es que habremos fracasado.

—¿Cuál es la orden en ese caso, señor?

—Que el sargento Presley envíe un par de agentes a la ciudad y comuniquen el hecho a las autoridades superiores, en tanto que el resto de la brigada procede a destruir cuanto encuentre al paso, utilizando los medios de que nos hemos servido: ¡fuego a todo! ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien, señorita Worth, sírvase usted acompañar a mis hombres.

Susan asintió. Notó cómo las manos de Alex transmitían un apretón de confianza a las suyas, mientras se miraban a los ojos. Y luego se dejó acompañar de los policías, quedando solos Alex y el comisario.

—¡Bueno! —exclamó éste—. Estamos metidos de lleno en el «ajo», como suele decirse, señor Belloc. Sólo cabe rogar... ¡que Dios nos asista!

—Tendremos suerte, comisario.

—Eso espero. De otro modo, me temo que esos lanzallamas nos destruirían también a nosotros, como dos «poseídos» más.

—¿Cuál es su idea ahora?

—Ir hasta el mar y espiar a todas esas gentes, saber cómo se mueven y qué hacen.

—¿Sigue considerando a esos entes como... como seres extraterrestres?

—Sin el menor género de dudas.

—¿Cree que llegaron en alguna nave desde cualquier planeta ignorado de nuestra galaxia?

—Eso creo. Y los gases que cubrieron la costa hace cosa de un mes, fue algo así como... un «humo cíe campaña», para ocultarla.

—Bien. Y... ¿dónde puede estar esa nave?

—Es lo que trataremos de averiguar usted y yo, señor Belloc.

—Entonces, no perdamos más tiempo, comisario.

—¡Vámonos!

Se fueron por una de las calles laterales del pueblo hacia la costa. No querían verse sorprendidos por la nueva luz del día sin haber logrado su propósito.

Ambos sabían que si eran descubiertos nada ni nadie les libraría de morir... y transformarse en «poseídos». Pero lo que era mucho peor, si les descubrían, los entes quedarían advertidos... y *la amenaza* que había empezado a pesar sobre el mundo, sobre la Tierra, aceleraría su proceso de destrucción, de modo que ni un solo hombre quedaría con vida.

De ellos dependía la salvación del mundo y de la especie humana...

8. EL MISTERIO SE ACLARA

—¿Está viendo lo que yo, comisario?

—Sí... Lo veo.

Los dos hombres, ocultos entre las rocas de uno de los acantilados cercanos a la playa, observaban con mudo sobrecogimiento lo que allí estaba sucediendo.

Más de un centenar de personas, de distinto sexo y edades, se movían entre las aguas y en la arena de la playa realizando un trabajo ya sospechado, pero no confirmado sino hasta el momento: recoger algas marinas, montones de algas, ¡toneladas de algas!

Para ello, se servían de unas cuantas barcas, redes, cuerdas y distintos instrumentos y aparejos, como si se tratara de obreros recolectando ese tipo de planta acuática.

Se movían lenta y pesadamente. Eran cadáveres «poseídos» que cumplían una misión específica, obligados por el ente radicado en sus cuerpos.

Cualquier persona sin materia de información para juzgar el caso, hubiera jurado hallarse ante una legión de «zombies»...

—¿Qué hacemos ahora, comisario?

—Esperar. Presiento que esas algas no son para el particular consumo de estos entes.

—¿Qué es lo que está imaginando?

—Sospecho que estas horribles criaturas han arribado Dios sabe de qué extraño modo a la Tierra para adueñarse de ella y convertirnos a los humanos en esclavos suyos. Y si ha llegado una nave, no habrá sido únicamente con unas pocas criaturas, sino con miles, quizá millones de ellas. Esas criaturas necesitan alimentarse, en tanto permanezcan en el lugar donde se ocultan: la misma nave. Y si la mayor parte de esas algas está reservada para su alimento, tendrán que llevarlas hasta donde se oculta la nave...

—Lo que nos permitirá a nosotros, espiándoles, descubrir el lugar, ¿no es eso?

—Exactamente.

Todavía tuvieron que esperar un par de horas más, hasta que uno de aquellos hombres dio la orden de paro, no con palabras, sino con un sonido gutural y extraño, como podría ser el de un animal prehistórico.

—¿Conoce a ese hombre, señor Belloc?

—Está amaneciendo, comisario. Ya no son tan sombrías esas figuras. Si se fija un poco, observará que lleva uniforme de policía.

—Sí...

—Es el comisario John Toomey.

—¡Vaya, con mi colega! Creo que el trabajo acaba de finalizar y que es el momento de llegar hasta donde hemos sospechado. ¿Listo, señor Belloc?

—Listo.

Efectivamente, el trabajo de aquella legión de sombras había concluido. Y había bastado un nuevo gruñido del comisario Toomey para que cada uno de ellos cargara con un brazado de algas y emprendiera el camino de regreso.

No se llevaron todas las algas a un tiempo, pues eran muchas las extraídas del mar. Pero se formó una doble hilera de hombres que iban y venían, como las obreras de un gigantesco hormiguero.

—Tendremos de esperar a que se lleven las últimas algas —se lamentó el comisario, inquieto entre aquellas rocas.

Alex se dio cuenta, recomendándole:

—Calma, comisario. Tendremos tiempo, después de todo.

—Sí, tiene usted razón...

Y al final, así fue.

Hubo un momento en el que el enorme montón de algas desapareció con las últimas brazadas... y desapareció la doble hilera de obreros.

—¡Es el momento! —susurró Tedd Harris.

Y tanto él como Alex abandonaron su escondrijo entre las rocas para seguir a los últimos «poseídos», siempre a distancia y con las debidas precauciones.

Después de caminar un buen rato, Alex se detuvo sorprendido, murmurando:

—Se dirigen al cementerio.

—¿Está usted seguro?

—Sí, comisario. Fíjese en aquel pequeño bosque del fondo. Tras esos árboles se hallan los muros del camposanto. Conozco estos lugares como la palma de mi mano. He nacido en Altex.

—¡Vaya! Eso quiere decir que debieron elegir ese lugar solitario y poco frecuentado para ocultarse.

—No cabe la menor duda. Pero hay algo más, comisario.

—Diga usted.

—Las tierras de mi hermano colindan con el cementerio. Ello me lleva a sospechar algo que aclararía ciertas cosas...

—¿Por ejemplo?

—Mi cuñada Ruth me había dicho que Sam se dirigió a las tierras para comprobar que las cosechas- no estaban dañadas... y que regresó completamente cambiado. ¿No le sugiere nada eso?

—Empiezo a darme cuenta... —asintió Tedd Harris.

—Sin duda mi hermano Sam descubrió esa nave extraterrestre y ellos se apoderaron de su mente, obligándole a suicidarse. Era la mejor forma para hacer que no les descubriese. Le darían por muerto y asunto concluido.

—Pero... ¿por qué tuvieron que servirse precisamente de él, cuando ya estaba enterrado? —dudó el comisario—. Es lo que no entiendo.

—Puede haber una explicación lógica, comisario.

—Eliminar a mí sin dejar sospechas de mi muerte.

—Acláreme eso.

—Bueno, es sólo una suposición; pero con visos de realidad.

Cuando estuve al entierro de mi hermano, Ruth sospechaba muchas y muy extrañas cosas. Tuve que hablar con el comisario Toomey y el doctor Froug, ya que yo mismo no estaba muy seguro ni me cabía en la cabeza que mi hermano fuera capaz de quitarse la vida, conociéndole como le conocía.

—¿Y...?

—Aunque acepté sus explicaciones, ellos debieron de entender que no estaba del todo convencido. Y dejaron que me fuera... pero pensando en eliminarme.

—Hay una cosa que no entiendo, señor Belloc.

—Diga.

—¿Por qué tardaron tanto tiempo en buscarle en la ciudad?

—Me imagino que su principal preocupación era apoderarse de todos los habitantes de Altex. Si el comisario ya estaba «poseído», y es quien parece llevar el mando de todas las cosas aquí, tuvo que darse buena prisa en ir preparando los asesinatos de todas esas personas que ahora son cadáveres «poseídos». Aun así, eso lleva tiempo, comisario. El día del entierro, todas esas personas eran normales, dueños de sus propias vidas. Y ahora, al cabo de un mes, son todos cadáveres «poseídos», lo que habla del trabajo desarrollado por Toomey y esas diabólicas criaturas.

—Todo eso parece lógico —meditó Tedd Harris.

—Lo es. Y cuando llegaron a este punto, sabiendo que yo era un enemigo en potencia, que podía seguir alimentando dudas que tal vez me llevaran a hablar más de la cuenta, pensaron en el mejor medio de poner fin a mi vida. ¿Y qué mejor que servirse de mi hermano Sam y dejar las cosas como si también yo me hubiera suicidado en las vías del metro?

—Concuerda, señor Belloc. Ahora preocupémonos de descubrir qué es lo que les lleva a ese cementerio...

Se pusieron de nuevo en marcha, siempre sin perder de vista a los últimos «poseídos» de la columna.

Pero no fue al interior del cementerio a donde éstos se dirigían, sino a la parte alta y exterior del mismo.

Allí estaban todos reunidos ahora, en filas escalonadas y a distancia del enorme montón de algas: una pila de vegetal casi tan alta como un edificio de cinco pisos.

Alex y el comisario no perdieron detalle de todo aquello, ocultos entre el bosque y conscientes de la importancia del momento.

Un tanto más retirado del primer montón, había otro mucho más pequeño, que sin duda los «poseídos» se reservaban para su propio alimento.

—¿Qué va suceder ahora? —murmuró Alex.

—Pronto vamos a saberlo —respondió el comisario, impaciente.

No tuvieron que esperar demasiado tiempo.

En cuanto llegaron los últimos «poseídos» y dejaron su carga de

algas, el comisario Toomey abrió un instante su caja plástica... y los especímenes allí contenidos emitieron un sonido extraño y penetrante, como chillido de conejas en celo y castigadas.

Inmediatamente, la tierra pareció conmovirse en aquel sector... y ante los atónitos ojos de Alex y el comisario surgió la extraña nave incandescente, rotando vertiginosamente sobre sí misma con un zumbido intermitente.

De pronto, cesó en su rotar, manteniéndose a escasa distancia del suelo.

Y sucedió algo tan insólito y estremecedor como todo lo anterior...

Con un sonido vibrante y extraño, el incandescente aparato abrió una escotilla... y un sinfín de indescriptibles chillidos, como de animales hambrientos, surgió por el hueco, mientras un haz de luz verdoso se clavaba en el enorme montón de algas.

Los chillidos se mezclaron y parecieron mostrar un placer inusitado, en tanto aquel haz de luz descomponía las plantas, absorbiendo todo el protoplasma de las mismas y llevándolo a la nave.

Se comprendía fácilmente que dicho rayo había exprimido las algas de manera rápida y directa, llevando el protoplasma al interior de la nave, donde los especímenes, aquellos seres extraterrestres de tan insólita naturaleza, se alimentaban con él.

Llegó un instante en que las algas —aquel enorme montón se había reducido a un pequeño montón de desperdicios, algas secas, chamuscadas y sin un gramo de jugo— quedaron totalmente exprimidas, consumidas, y la escotilla de la nave retiró el haz de luz verdoso, cerrándose y desapareciendo aquellos extraños chillidos, para dar paso al nuevo zumbido intermitente.

La nave entró de nuevo en rotación... y al cabo de unos cuantos segundos, se introdujo en la tierra, desapareciendo.

—¿Qué le parece eso, comisario?

—¡Inaudito!

—Nadie que no lo viera sería capaz de creerlo, ¿eh?

—Ni al más santo jurando con su mano en la Biblia.

—Ahora va sabemos contra qué hemos de luchar.

—Sí...

Pasado aquel momento, los «poseídos» se acercaron al segundo montón de algas, reservado para su propio alimento, y tomando cada

uno de ellos un enorme brazado, empezaron a desfilar hacia el pueblo.

Hacia rato que había empezado a amanecer.

—Faltan sólo veinte segundos para las tres horas que le di de tiempo al sargento Presley — murmuró el comisario, después de consultar su reloj.

—Llegaremos a tiempo, comisario. No se preocupe.

—Sí. Pero es conveniente que nos demos prisa, señor Belloc. Tenemos que adelantarnos a esos hombres y llegar con tiempo suficiente para desalojar a toda la brigada del pueblo.

—¿Qué es lo que se le ha metido en la cabeza?

—Si los «poseídos» aprovechan las noches para sacar algas del mar con las que alimentarse y nutrir a los entes de la nave, el día no es buen consejero para combatirles.

—¿Se le ha ocurrido algún procedimiento especial?

—Así es.

—Ha logrado despertar mi curiosidad...

—Le hablaré de ello en la ciudad, cuando conozcamos las conclusiones a las que haya podido llegar el profesor Strange.

—De acuerdo. Vámonos.

De nuevo abandonaron su segundo escondrijo el comisario y Alex, alejándose a toda prisa hacia el pueblo.

Tuvieron que dar un corto rodeo, para evitar que alguno de los «poseídos» los descubriera, con lo que se hubiera perdido todo, y llegaron con el tiempo justo de ordenar a toda la brigada que volvieran a los coches y desaparecieran.

Minutos más tarde, cuando el comisario John Toomey y su legión de «zombies» entraron en el pueblo, no hallaron el menor síntoma de preocupación.

Todo estaba como lo dejaran varias horas antes, al dirigirse a la costa. Y aquellos seres posesionados de cadáveres humanos tomaron cada uno de ellos una dirección distinta que les conduciría a las distintas casas, donde se dedicarían con especial placer a la devoración de algas...

9. VENENO EN PROTOPLASMA

De nuevo volvían a estar reunidos en el hospital el doctor Stevens, el profesor Strange, el comisario Tedd Harris y Alex Belloc.

—Señores —habló el profesor—, mucho me temo de haber llegado a ciertas conclusiones que nos obligan a no tomar el problema como nuestro.

—¿Qué es lo que quiere decir con eso, profesor?

—Que no podemos seguir ocultando lo que sucede por más tiempo. Hemos de poner en conocimiento a nuestro gobierno...

—¡Bien, bien, bien! —cortó el comisario—. Dejemos a un lado ese punto de vista, profesor. Yo asumo toda la responsabilidad.

—Pero...

—Le aseguro ya de antemano que nada de lo que usted vaya a decirnos nos asombrará más que lo que el señor Belloc y yo hemos descubierto en Altex. Y no es cuestión de perder tiempo, sino de activar las cosas y poner fin a esa amenaza.

El profesor se encogió un momento de hombros, después de dudar varios segundos, y dijo:

—Bien, me explicaré. Realizada la autopsia en el cadáver de Rock Hasner, me encontré con algo verdaderamente sorprendente, de lo que aquí, el doctor Stevens, puede dar fe. Una extraña anatomía desconocida se halla totalmente integrada a la anatomía humana del muerto. Es como una vena dilatada y oscura que se inicia en la tráquea y el cerebro y que se extiende hacia el esófago, los bronquios, pulmones, corazón, estómago, hígado, riñones e intestinos; una vena seca extrañamente adherida a todas y cada una de las vísceras, como una cinta de hiel. Para desprenderla, habría que interesar las vísceras por un procedimiento muy distinto al del bisturí.

«Queda manifiesto que el ente, ignorado en gran parte, poseía tanto el poder de adaptación como el de radicación, formando una segunda naturaleza viva de aquella naturaleza muerta. Nutriéndose el ente, se nutrían las vísceras, manteniéndolas incorruptas y sujetas a un gobierno particular. Muerto el ente, las vísceras entran en su descomposición natural sin negar el tiempo de su muerte, de modo que el cadáver desprende olores fétidos debidos a la corrupción.

Sucedió un extraño silencio, al cabo del cual él profesor continuó:

—Éstas fueron mis primeras conclusiones. Después que el doctor Stevens me ayudó a conseguir separar el extraño ente de la otra anatomía muerta, he podido estudiarlo más a fondo, hasta descubrir su rara naturaleza.

«Como ya había sospechado, se trata de una especie de protozoo, un cuerpo constituido por una célula con propiedades distintas a las ya conocidas. En su anatomía, por así llamarla, se descubren ciertas peculiaridades extrañas que lo distinguen: cerebro de proporciones microscópicas, ojos igualmente microscópicos y también boca. Su misma constitución advierte la cualidad insospechada del dominio de la dimensión, de modo que puede dilatarse, contraerse y adaptarse fácilmente, por simple decisión, transformando su propia constitución al gusto o voluntad de sus propias transformaciones.

Después de un nuevo silencio, el profesor Strange tomó de encima de la mesa de cemento un recipiente con un jugo espeso y verdoso, mostrándoselo con especial particularidad al comisario y a Alex:

— Hagamos un inciso, para reparar en esta sustancia, señores. El protoplasma contenido en ese recipiente corresponde perfectamente a la sustancia albuminoidea que constituye la parte esencialmente activa de la célula, de modo que el elemento anatómico presume un tipo desconocido cuya única alimentación radica en la absorción del jugo o protoplasma de un tipo único de alga determinado: la talofita, perteneciente a las clorofídeas o algas verdes.

»¡Bien! Llegados a este punto, lo verdaderamente sorprendente de estas criaturas, se advierte en el poder de radicación en la anatomía humana, en su poder de adaptación, asimilación y dominio, lo que advierte, además de su cerebro, las cualidades de un ser no fijado en el orden irracional. Si bien su anatomía no concuerda en absoluto con la naturaleza humana, su intelecto corresponde al de un ser infinitamente superior, capaz de imponer su voluntad y dominar el proceso usual de las cosas por medio de su capacidad funcional, transformando con relativa facilidad y por medios desconocidos de su facultad intelectual los efectos de composición y forma considerados todavía entre los humanos como inverosímiles o intransmutables.

Sucedió un nuevo instante de silencio. Y esta vez, quien tomó la palabra fue el doctor Stevens:

—El profesor y yo habíamos sospechado cosas muy extrañas, pero no estábamos totalmente seguros de que fueran seres extraterrestres. ¿Cómo criaturas casi microscópicas podían salvar una distancia espacial, penetrar en nuestra atmósfera y luego desenvolverse en ella con seguridad? En todo caso, y aun considerando las circunstancias

del extraño fenómeno ocurrido, al que atribuíamos la notoriedad de casual, sólo nos atrevíamos a aceptar como cierto el posible hecho de que alguna potencia terrestre, en vías de desarrollar algún experimento científico, decidiera violar clandestinamente la soberanía nacional de nuestro país, obrando desde las sombras y empleando como cobayas a los habitantes de Altex.

—¿Y ahora, doctor?

—Ahora, después de estudiada esa extraña anatomía, tanto el profesor Strange como yo, nos atrevemos a afirmar que no se trata de un experimento de los humanos en los humanos por medio de células extraídas de cultivos, sino que nos hallamos ante la presencia de un «ser» racional de origen desconocido y, por supuesto, ajeno a nuestro mundo. Se podría asegurar sin lugar a error que se trata de un «ser inteligente», un habitante de cualquiera de los mundos pertenecientes a nuestra galaxia, identificados con nuestra atmósfera y llegados al planeta Tierra de forma insospechada.

—¿Cuál es su opinión respecto a la presencia de estos «seres», profesor? —se volvió el comisario hacia Strange.

—Tal vez estos «seres», sirviéndose de algún medio ignorado, abandonaron su mundo y llegaron a la Tierra buscando una «sementera» de algas, su materia prima para la existencia. Las formas no vienen al caso, por el momento. Pero, si se fijaron en nuestro planeta con ese fin, es de prever que pretenden adueñarse de toda la Tierra, destruyendo o poseyendo a los hombres, a toda la raza humana, de los que harían obreros para el cultivo de talofitas en mares, lagos y océanos, quedando luego a sus medios el transformar esas algas en jugo y poder transportar el protoplasma a su mundo de origen.

—Algo horrible y descabellado —murmuró el comisario—; pero tan cierto como que estamos aquí.

—¿Qué fue lo que usted y el señor Belloc descubrieron? —preguntó el profesor.

—Todo aquello que falta para completar las conclusiones establecidas por usted y el doctor Stevens...

Seguidamente, el comisario procedió a explicarles cuanto habían descubierto él y Alex en la parte alta del cementerio.

—Eso es todo, señores — concluyó el comisario. — Por eso era preciso acelerar las cosas, y ya saben ustedes que tratar de acudir a las autoridades superiores obligaría antes a mil pruebas y detalles que posiblemente perjudicarían el asunto. Esto es algo que no admite demora y que nos obliga a tomar una decisión inmediata... so pena de que tardemos demasiado en combatir esa amenaza y nos destruyan o, incluso, de que nos tomen a todos por locos antes de demostrar cuanto hemos descubierto.

—Bien... —dudó el profesor Strange—. Pero ¿existe algún medio de conjurar ese peligro de inmediato con absoluta seguridad?

—Lo hay —afirmó el comisario.

—Convénzanos de ello.

—Primera razón: conocemos el lugar donde se oculta la astronave, ¿no es eso?

—Usted y el señor Belloc lo afirmaron.

—Y es cierto. Segundo: conocemos dos medios efectivos de combatir a esas raras criaturas: el fuego y el protoplasma envenenado.

—Respecto a esto no existe ninguna duda. Pero...

—Déjeme explicarme, profesor. Lo primero que hemos de hacer es sorprender a los «seres» que dominan el pueblo fuera de la nave. ¡Destruirlos sin dejar el menor rastro! Y para ello, contamos con nuestros lanzallamas. Habrá que hacerlo por sorpresa y antes de que se comuniquen con los que se ocultan dentro de la astronave, a fin de que ésta no desaparezca y se instale en cualquier otro lugar de la Tierra.

—Bien. Pero ¿cómo piensa destruir la astronave y a los seres que viven en ella y que están esperando el momento de tomar cuerpo para extenderse por toda la Tierra?

—Ésa es la idea que quiero someter a criterio de todos ustedes. Todo, claro está, partiendo de una base importante: el protoplasma envenenado. ¿Contamos con él, doctor?

—Depende de la cantidad que usted desee.

—Si el veneno es todo lo activo que el caso aconseja...

—Lo es.

—Entonces, bastaría con unos cuatro galones.

—Pueden conseguirse.

—¿Con rapidez?

—Bueno, tendríamos que conseguir el suficiente número de algas...

—¡Un momento!

—¿Se le ocurre algo mejor?

—Sí. Pensaba contaminar el protoplasma y después inocular las algas; pero pienso que eso no hace falta, que basta con diluir el veneno y proceder con él a inocular las algas directamente, contaminándolas.

—A ver, comisario, trate de ser más explícito. Lo que usted desea es...

—Varios galones de veneno diluido. Lo demás...

Tedd Harris explicó amplia y suficientemente su idea para combatir a los extraños «seres» extraterrestres.

Al final todos estuvieron de acuerdo con su plan de operaciones y se pusieron manos a la obra.

Entretanto, el mundo seguía su curso tranquilo y despreocupado, sin siquiera llegar a sospechar la enorme amenaza que pesaba sobre la especie humana.

¿Cuál no hubiera llegado a ser el pánico de todos los hombres, de saber que una especie de otro mundo había empezado a operar sobre la Tierra, dispuesta a convertir en cadáveres «vivos» a todos los humanos?

Sólo un grupo de hombres valientes y decididos habían sabido descubrir esa amenaza y afrontar el problema con toda la inteligencia y astucia que el caso requería...

* * *

—¡Alex! Todo eso que me explicas parece cosa de locura.

—Es la realidad, Susan. Supongo que no habrás hablado con nadie de lo que has visto y sufrido en Altex, ¿verdad?

—Apenas he tenido tiempo de moverme de esta habitación del hotel... pero te juro que me siento como acechada, llena de vagos temores y de horribles presentimientos.

—Todo esto pasará cuando hayamos puesto fin a esa horrible amenaza, cariño. Entonces, vendrán las explicaciones... y aunque quizá alguien censure nuestro proceder, aunque nos acusen de haber arriesgado a toda la humanidad, nosotros estaremos convencidos de

haber cumplido con nuestro deber. No nos ofenderán las acusaciones ni nos envanecerán las felicitaciones. Es más, si todo queda suficientemente demostrado, los distintos gobiernos de la Tierra comprenderán que las rencillas que nos destruyen en la Tierra y nos desangran lamentablemente no están en modo alguno justificadas, porque hay una amenaza superior. Verán la necesidad de olvidar esas rencillas absurdas y se aprestarán a unirse para hacer frente a un peligro infinitamente más poderoso: el que puede llegarnos de arriba, de fuera de nuestra atmósfera, de otros mundos. Aprenderemos a respetarnos en la Tierra y estaremos preparados contra toda amenaza exterior.

—Todo eso es muy hermoso, Alex. Pero ¿quién nos dice que los hombres de este mundo entenderán la lección?

—No hay como la prueba del miedo y la seguridad del peligro para que todos reaccionen tras un mismo fin: la mutua necesidad, la obligación de alianza, el saber que deben unirse.

—Y... ¿si vuestro propósito de ahora fracasase?

—No fracasará, Susan. ¡No puede fracasar!

—Alex...

—Ten confianza en mí, cariño. Yo soy el primero en estos momentos que no deseo sucumbir a ese empeño. He vuelto a encontrarte, sé lo mucho que te necesito... y algo me dice que regresaré a tu lado.

Susan no respondió.

Se apretó contra el cuerpo de Alex y permaneció así varios segundos, como si temiera no volver a encontrarle.

Luego, se besaron.

—Te estaré esperando...

—No te muevas de aquí, Susan. Será cuestión de horas... y luego todo el peligro habrá desaparecido.

Ella asintió.

Alex la volvió a besar. Y terminó abandonando el cuarto del hotel donde Susan se había hospedado.

Desde los cristales de una de las ventanas, lo vio salir al exterior, montar en su coche y alejarse.

Había pasado verdadero terror en el pueblo de Altex. Pero ahora, después de oír hablar a Alex, de estrecharle y sentir el contacto de sus

labios..., tenía la firme convicción de que sí regresaría y que todo quedaría en el pasado, como una horrible pesadilla que no desea recordarse.

De otro modo... ¡tampoco el mundo se salvaría!

10. EL FIN DE LA AMENAZA

La puerta se abrió violentamente, apareciendo tres extrañas figuras: un hombre introducido en un traje de amianto, con un cristal ahumado cubriéndole los ojos, y dos hombres más con cristales iguales a los del primero, para ver y evitar a la vez ser vistos.

Se trataba del comisario Tedd Harris y Alex Belloc, acompañados ambos de un agente equipado con lanzallamas.

El cristal que llevaban sobre los ojos era para evitar la fuerza hipnótica del «poseído»...

John Toomey, el comisario de Altex, sorprendido por la aparición de aquellos tres hombres, empezó a incorporarse en su asiento.

—¡Quieto, comisario!

—¿Quiénes son ustedes?

—Pronto va a saberlo. Ahora obedezca.

Toomey trató de llevar sus manos hacia la caja plástica que estaba encima de la mesa, después de comprobar que sus ojos no penetraban en los de aquellos tres hombres, debido al oscuro cristal que se interponía en sus rostros.

Pero algo le obligó a retirar las manos de inmediato: fue un chorro de fuego líquido sobre el suelo, con el que el hombre del lanzallamas le advirtió.

—Ya ha podido darse cuenta de que está usted incapacitado, comisario. Vuelva a intentarlo —amenazó Ted Harris — y usted y esa caja desaparecerán bajo ese fuego.

—¿Qué es lo que se proponen?

—Hágase esa pregunta a usted mismo...

—¡No lo conseguirán! ¡No podrán con *nosotros*!

Se advertía que John Toomey hablaba ya más como criatura dominada que como hombre del planeta Tierra. Estaba totalmente dominado por el ente que llevaba en sus vísceras, radicado en su cerebro.

—Eso lo veremos...

—¡Los habitantes de «Gamma» *somos* los seres más poderosos de esta galaxia!

—Pero necesitan nuestras algas, ¿no es eso?

—¡Sí, es cierto que las *necesitamos!* Y las *conseguiremos...* ¡cuando *nos* hayamos apoderado de toda la tierra y *podamos* considerarla como sementera para *nuestro mundo!* Los mares, océanos y lagos serán *nuestro «huerto»* particular. *Haremos* que produzcan millones y millones de toneladas de algas... y los habitantes de *nuestro* planeta subsistirán, no estarán condenados a la extinción por falta de alimento.

»La Tierra *nos* dará eso y mucho más..., ¡pero cuando hayan muerto los millones de hombres que *nos* estorban! *Nos* serviremos de sus cuerpos, ¡de sus cadáveres!, para usarlos como mano de obra; serán *nuestros* esclavos sin saberlo y sin sufrir.

—¿Es que usted no sufre, comisario, a pesar de que habla como un extraterrestre..., siendo un hombre como nosotros?

—¡Pertenezco a «Gamma»! Ustedes se equivocan. Y por más que intenten impedirlo, no lograrán salir con vida de este pueblo. Luego serán «poseídos» y trabajarán como los demás ya esclavizados para «Gamma». Cultivarán los mares, océanos y lagos, transformarán las tierras más áridas en pantanos, para cosechar la especie de clorofíceas que hacen falta a los millones de seres que habitan *nuestro* planeta. ¡Sería absurdo que un grupo de estúpidos vulnerables pretendiera poder abortar ahora todo *nuestro* esfuerzo!

—Por el momento, sabe que está en nuestro poder, que nada puede hacer en contra nuestra... y que nosotros podemos destruirlo con sólo desearlo.

—Me destruirán a mí; pero no a los demás. Cerca de aquí está una nave con millones de congéneres *míos*. Esperan poder encontrar cuerpos en los que radicarse para luego ir extendiéndose por toda la tierra... ¡y eso no tardará en suceder!

—¿Qué ocurriría si esta misión fracasase, comisario?

—¡No puede fracasar!

—Es un decir...

—Si eso ocurriera, *nuestros* dirigentes de «Gamma» interpretarían que la Tierra no es un planeta propicio para *nuestras* aspiraciones.

—Con lo que se olvidarían de la Tierra, ¿no es eso?

—Así es. Pero repito que eso es imposible.

—¿Por qué, comisario?

—Porque el plan ya está en marcha. Se han cosechado muchas

algas de las que se extrajeron grandes reservas de protoplasma, eso sin contar las que aún se han de extraer, y cuando la nave regrese a «Gamma» con parte del alimento como prueba, *nuestros* dirigentes enviarán cientos de nuevas astronaves.

—Entonces eso no ocurrirá.

—¡Estúpidos! ¿Quién va a impedirlo?

—Nosotros.

—¿Puede saberse cómo?

—Le permitiremos comprobarlo, comisario. Siempre que no nos obligue a destruirle. Sólo una cosa temíamos... y era que su poder hipnótico y de penetración fuera superior a todo obstáculo. Creíamos que el «protozoo» que lleva dentro no oía, pero que sí podía ver contra todo obstáculo y contra toda distancia; pero no, también tienen oídos aunque su vista no es tan poderosa. Y así le tenemos acorralado.

—Eso no explica nada...

—Asómese a esa ventana y empezará a comprobarlo.

El comisario Toomey dudó unos segundos. Luego se acercó a la ventana que le indicara Tedd Harris...

Éste se asomó a la puerta del despacho y realizó un movimiento con la mano: era la señal.

Sus hombres la interpretaron... e inmediatamente el pueblo se llenó de llamaradas, dentro y fuera de las casas. Se escucharon un sinnúmero de extraños gemidos infrahumanos.

Toomey estaba pálido como la cera: el furor del ente que le dominaba totalmente se manifestaba en las más pequeñas emociones corporales particulares del hombre.

—¡Insensatos! Eso que están haciendo...

—Destruimos a *sus* congéneres, comisario. Usted es el único que no caerá bajo el fuego de los lanzallamas, a menos que nos obligue a hacerlo, porque su cuerpo es el único que posee vida propia, aunque esté supeditada a la voluntad de la criatura que le apodera. Los demás, lo hemos comprobado, son todos... cadáveres sin sepultura, víctimas de las malditas criaturas que han aterrizado en nuestro planeta.

—¿No se han detenido a pensar en lo que ocurrirá... cuando *mis* congéneres de la astronave descubran la muerte de los suyos aquí fuera?

—Claro está que hemos pensado en eso, comisario. Y no nos

asusta.

Toomey se volvió lentamente, con los ojos llenos de un brillo terrible, un brillo diabólico difícil de explicar.

—¡Los barrerán de la tierra como si fueran simples pajas secas!

—No tendrán tiempo de hacerlo.

—¿Cómo puede afirmarlo?

—Porque todo ha sido estudiado y planeado.

—Ustedes ignoran...

—Se equivoca, comisario; no ignoramos absolutamente nada. Sabemos dónde se oculta la astronave... y cómo destruirla también. Ayer noche los espiamos a ustedes, cuando recogían las algas en la costa, y les seguimos a distancia hasta la parte alta del cementerio...

—¡Malditos!

Toomey se lanzó hacia la mesa, con propósito de tomar la caja plástica; pero no llegó ni siquiera a tocarla... porque una lengua de fuego lo alcanzó de lleno, transformándolo en una antorcha humana.

Se retorció con una extraña mezcla de alaridos; los del hombre y los de la criatura que lo poseía.

Luego de varias convulsiones rápidas, quedó convertido en un pequeño montón de cenizas.

—¡Dios santo! —murmuró Alex, horrorizado.

El comisario permaneció mudo y dolorido. Luego murmuró:

—No dudo ni un momento que el hombre fuera una bellísima persona; pero me atrevería a jurar que, en plenas facultades de sentido, él mismo habría sacrificado su vida con tal de evitar que esas diminutas bestias nos destruyeran. Quizás es mejor que haya sucedido de este modo, ya que sospecho que nunca hubiera podido volver a ser el hombre que antes era...

Con la muerte de John Toomey, quedaba barrida toda vida «protozoaria» en Altex.

Sólo faltaba destruir la astronave con los especímenes contenidos en ella... y los que quedaban dentro de aquella caja plástica.

El comisario Tedd Harris la tomó entre sus manos.

—No pensará usted abrirla, ¿verdad? —se inquietó Alex.

—¿Cree que me he vuelto loco? —negó aquél—. Tendríamos también que destruirlos... y nos son necesarios para poner fin a este

diabólico juego.

—Comisario...

—Diga.

—Si tienen oídos, como ha quedado demostrado, ¿no es un riesgo intentar utilizarlos?

—No, señor Belloc. La caja es hermética, no ha llegado ningún ruido hasta ellos. Se ve que el oxígeno no es un elemento absoluto ni negativo para estos «seres», como lo es el protoplasma de las talofitas. De cualquier modo, y aunque así no fuera, no podemos prescindir de ellos.

—¿Por qué?

—Recuerde cuando espiamos a los «poseídos», en la parte alta del cementerio: el comisario Toomey llevaba esta misma caja, la abrió... y el sonido que emitieron estas criaturas fue la llave que hizo surgir de la tierra a la astronave.

—¿Qué pasará si nos descubren, cuando nosotros la abramos?

—Será el fin de todos nosotros... y el de toda la especie humana, a menos que cometan la torpeza de querer continuar en la Tierra por algún tiempo y tanto el doctor Stevens como el profesor Strange sepan convencer a las autoridades superiores del peligro que nos amenaza. Pero están confiados, se creen invencibles, poderosos. Y la noche nos ocultará para nuestro propósito.

—¡Confiemos en que así sea!

No hablaron más.

Abandonaron el despacho del comisario Toomey con la caja de plástico que contenía los especímenes extraterrestres.

Minutos más tarde, el comisario Tedd Harris y Alex se reunían con todos los hombres de la brigada que había barrido con fuego la pesadilla de todos aquellos cadáveres «poseídos».

Y el comisario dio una orden:

—Despójense todos de los lanzallamas y de sus ropas y vístanse con las ropas que hemos traído para el caso. Pronto será de noche y necesitamos trabajar en firme para conseguir un montón de algas mayor que un edificio de cinco pisos...

Enorme y continuado fue el trabajo de la brigada de policía, para extraer del mar varias toneladas de algas.

Al final, como el comisario viera la pasada noche, en compañía de Alex, se ordenó una doble fila... y las algas fueron trasladadas desde la costa a la parte alta del cementerio, en el área de tierra chamuscada bajo la cual se ocultaba la astronave.

El comisario había advertido a todos sus hombres, vestidos con ropas sucias, rasgadas, ensangrentadas y dejando ver supuestas heridas en sus cuerpos:

—Recuerden: todos ustedes *están* muertos y poseídos por una de esas malditas criaturas de las cuales les he hablado. En el momento preciso, sus rostros habrán de estirarse al máximo y sus ojos parecerán querer escapárseles. Háganlo así... y estaremos salvados de la mayor amenaza que hemos tenido los humanos.

Luego las algas habían sido contaminadas. Varios hombres se preocuparon de inyectarlas con el veneno elaborado por el profesor Strange, sirviéndose para ello de gruesas jeringas y agujas hipodérmicas.

Y, llegada la hora, todo estuvo preparado: el desmesurado montón de algas, los hombres retirados a distancia, en varias hileras y con aspecto de «resucitados» — cumplían maravillosamente su trabajo, aunque bastaba el terror contenido del momento para hacer ya extraños sus rostros —, la caja de plástico con los últimos especímenes fuera de nave... y el comisario Tedd Harris con su uniforme policíaco, como vistiera el propio John Toomey, para darle más verosimilitud a la escena.

Éste intercambió una última mirada con Alex, que se hallaba a varios pasos de distancia y entre los demás policías disfrazados, como un «poseído» más.

Alex asintió con un breve movimiento de cabeza, significando que era el momento y que todo estaba preparado.

Tedd Harris respondió a la señal con otro asentimiento. Luego se inclinó sobre la caja, movió el resorte que liberaba la tapa y la abrió...

Los segundos que sucedieron se hicieron infinitos, siglos casi. No se escuchaba ni el rumor de una sola respiración..., ya que los muertos no respiraban y los especímenes tampoco, al menos en la forma que lo hacían los humanos.

Luego el temor desapareció, ya que los «protozoos» de la caja plástica empezaron a emitir aquel chillido que hacía aviso y llave de la astronave.

Como en la noche anterior, se escuchó aquel zumbido de onda intermitente, se movió la tierra... y surgió la astronave rotando aceleradamente, vertiginosamente.

De pronto, dejó de rotar y quedó a pocos palmos del suelo. Se abrió la escotilla y surgió de ella el haz de luz verde que se cebó sobre las algas, succionándoles el jugo con insospechada rapidez, mientras se repetían aquellos extraños chillidos de placer.

Y también de pronto, cuando todavía no habían sido absorbidas todas las algas, sucedió algo extraño y terrible...

Los chillidos de placer se transformaron en horribles gemidos infrahumanos, al tiempo que la nave se tambaleaba y caía al suelo, ladeándose y empezando a girar como una moscarda contaminada por un rápido insecticida.

Los especímenes de la caja, como si cayeran en el engaño del que acababan de ser víctimas, buscaron salir de la caja plástica.

Pero el comisario, dándose cuenta, cerró la tapa de una patada, dejándoles de nuevo en su pequeño encierro hermético.

Luego gritó a sus hombres:

—¡Aléjense a toda prisa!

Se originó una desbandada general.

El propio Tedd Harris, después de tomar la caja del suelo, huyó a todo correr.

Y medio minuto más tarde, ante el asombro, terror y estupefacción de todos, la astronave se desintegró totalmente, con un sonido atronador, al tiempo que una luz de mil colores desconocidos parecía cebarse sobre ella.

Nadie sabía qué extraña fuerza podía generar dicha nave ni de qué insólitos materiales estaba compuesta; pero era un hecho que se había desintegrado toda ella como si fuera de fuego prensado, por buscar un símil aceptable.

Y allí no había quedado nada..., como no fuera un gran círculo chamuscado en el suelo, lo que no hacía del todo descabellada la idea de que estuviera la nave compuesta de verdadero fuego.

Ello le llevó a preguntar a Alex, después de que se reunió con el comisario:

—Siendo enemigos del fuego..., ¿cómo podían tripular algo así?

—No lo sé, ¡ni creo que lo sepa nadie jamás! Pero algo se

desprende de todo esto, señor Belloc. Y es que presumimos de ser dueños de la ciencia... y aún estamos en pañales, con relación a lo que puede llegarnos de allá arriba.

—Sí. Esos «seres», sin manos, sin piernas, sin armas de trabajo, según sospecho, dominaban la ciencia por lo menos con un adelanto de muchos millones de años sobre nosotros.

—Así es. Su cerebro y sus ojos, con tremendos poderes inimaginables, crearon algo que el hombre está aún infinitamente lejos de poder explicarse.

—¡Pero los vencimos, a pesar de todo!

—¿Por cuánto tiempo, señor Belloc?

—Eso..., eso es algo más que una incógnita, comisario.

—Desde luego. Nosotros, seres minúsculos, ridículos casi, a la hora de establecer comparaciones que nos dan un valor estricto del poder que manejamos y poseemos, hemos vencido a una especie que parecía en todo indestructible.

—Tuvimos suerte.

—¡Mucha suerte, señor Belloc! No lo dude. Esperemos que, al no regresar esa astronave a su lugar de origen, los habitantes de «Gamma» den en creer que nuestro planeta no les es propicio, bien porque sospechen que no somos o podemos ser sementera de talofitas para su provecho o porque nos consideren seres más superiores y adelantados que ellos. De otro modo... ¡la amenaza seguiría existiendo!

—¿Cree que el mundo aceptará nuestras afirmaciones?

—Poseemos la muestra de algo que apoyará nuestra verdad —murmuró el comisario, indicando la caja plástica que llevaba en sus manos—. Si saben reconocerla, entenderán que todas las luchas que nos desangran en absurdas e inútiles rencillas, deberán dejar de existir para unirnos todos en un esfuerzo único... por si alguna vez los habitantes de «Gamma» vuelven a arribar a nuestro planeta. De otro modo, de nada servirá intentar alcanzar la luna, llegar a Marte y otros planetas de nuestro sistema solar. *La amenaza*, está demostrado, procede de más allá, de los confines de nuestra galaxia... y aún estamos demasiado en pañales para explorar espacios en favor de nuestra propia defensa.

—Esperemos que el mundo reaccione favorablemente...

EPÍLOGO

—¿En qué piensas, Alex?

—Fíjate en ese cielo, Susan. Y dime qué es lo que ves.

—Multitud de estrellas...

—Da vértigo el solo hecho de pensar que cada uno de esos puntos luminosos pueda ser un sol infinitamente superior al nuestro y con doble o triple número de satélites, también superiores al nuestro.

—Piensas en «Gamma», ¿verdad?

—¡Pienso en tantas cosas! Pero me doy cuenta de que ese nombre me hará mirar muchas veces a esos espacios, que habré de estremecerme muchas veces..., al considerarlos transitables. La distancia ha dejado de ser un secreto. Y el temor cuelga de esa oscuridad como una guillotina capaz de caer en el instante menos sospechado. ¡Y los hombres... somos tan frágiles, tan vulnerables!

—¿Qué es lo que te preocupa realmente, Alex? Llevamos dos meses casados... y miras más tiempo hacia arriba que hacia mí.

—Perdona, Susan...

—¡No, no! No te estoy reprochando nada, cariño. Ni siquiera tengo celos de lo que hay arriba, porque tus pensamientos distan mucho de ser poéticos. Pero me preocupa que puedas pender de un temor que ya ha desaparecido.

—Tal vez haya desaparecido el temor; pero no *la amenaza*. Ésta subsistirá eternamente, aunque jamás volviera a producirse un hecho como el que hemos vivido sólo tres meses atrás. Lo que verdaderamente me preocupa, Susan, es que seguimos estando en pañales, toda la humanidad habla de ciencia cuando más desvalida está..., porque no han querido aceptar unas pruebas que hablaban por sí solas.

—Nunca me dijiste qué ocurrió con los especímenes de aquella caja plástica, Alex.

—Se destruyeron entre sí. Sabían que no debían figurar ante los ojos de los hombres... y cuando abrieron la caja sólo hallaron unas manchas negras.

—¿Qué ocurrió con los restos del «protozoo» hallado en la anatomía de Rock Hasner, tu amigo?

—Se descompusieron. Esas criaturas, después de muertas, se vuelven tan corruptas como los humanos. Y en cuanto a la astronave..., no bastó un círculo de tierra quemado para demostrar que lo que doscientas personas explicamos pudiera ser verdad.

—¿Y ahora...?

—El mundo sigue tan loco y descuidado como antes, como si nada hubiera ocurrido. Los sabios están poseídos de su propia ciencia, los científicos conscientes se limitan a un encogimiento de hombros y los «listos» escriben novelas para divertir con la *fantasía* de unos pobres *alucinados* como nosotros a millones de inconscientes timados.

—Pero... hay algo más, ¿verdad?

—Sí, Susan, ¡hay algo más!

—Lo que realmente te preocupa.

— Sí.

—¿Qué es, Alex?— Que esta extraña experiencia no haya servido ni siquiera para alertar la conciencia del mundo... y que los hombres sigamos inmersos en un sinfín de malditas guerras, matándonos unos a otros. Millones de personas mueren por falta de medios y porque es más fácil fabricar armas mortíferas que mirar a ese cielo donde no sólo la palabra «Gamma» es una guillotina abierta a todas nuestras cabezas...

F I N

Próximo número:

UN MUNDO NUEVO

Peter Kapra

¿QUIEN ES SUZUKI?

¿Un espía?
¿Un contraespía?
¿Un detective privado?
¿Un agente del gobierno?

SUZUKI

es el misterioso héroe oriental
creado por
Jean-Pierre Conty
y que
Ediciones Toray ofrece en exclusiva al
público español en su nueva colección

ESPIONAJE

Publicación semanal

Precio: 30 ptas.

Encuentre en nuestras colecciones de
Bolsilibros un mundo lleno de acción,
violencia, intriga y misterio, tratado
con un realismo histórico dentro de un
estilo ágil y actual.

CIENCIA FICCIÓN
ESPACIO
ARIZONA
HURACÁN
SEIS TIROS
RUTAS DEL OESTE
HAZAÑAS BÉLICAS
SIOUX
ESPUELA

Precio: 9 ptas.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA

Publicación quincenal.

9 pts.



HURACAN

Publicación quincenal.

9 pts.



RUTAS DEL OESTE

Publicación quincenal.

9 pts.



SIOUX

Publicación quincenal.

9 pts.

**6
TIROS**

Publicación quincenal.

9 pts.



ESPUELA

Publicación quincenal.

9 pts.



BEST-SELLERS DEL OESTE

Precio: 20 pts.

Los mejores "westerns" americanos.

Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS

Publicación quincenal.

9 pts.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN

Publicación quincenal.

9 pts.



ESPACIO

Publicación quincenal.

9 pts.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.

9 pts. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.

Precio: 30 pts. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN

Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga criminal.

siguiente...

Precio: 30 pts.

Publicación quincenal.

